



Leonid Andréiev

Risa Roja

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

# **RISA ROJA**

**LEONID ANDRÉIEV**

**PUBLICADO: 1904**

**TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA  
ORIGEN: [EN.WIKISOURCE.ORG](http://EN.WIKISOURCE.ORG)**

# PARTE I

## FRAGMENTO I

...Horror y locura.

Lo sentí por primera vez mientras avanzábamos por el camino, marchando sin cesar durante diez horas sin detenernos, sin aminorar la marcha, sin detenernos a recoger a quienes caían, dejándolos al enemigo, que avanzaba tras nosotros en masa compacta sólo tres o cuatro horas después, borrando con sus propias huellas las marcas de nuestros pasos.

Hacía un calor sofocante. Ignoro cuántos grados habría—120, 140 o más—; sólo sé que el calor era constante, denso y sin esperanza. El sol era tan enorme, tan candente y terrible, que parecía como si la tierra se hubiera acercado a él y fuese a consumirse de un momento a otro bajo sus implacables rayos. Nuestros ojos habían dejado de ver. La diminuta pupila encogida, tan pequeña como una semilla de amapola, buscaba en vano la oscuridad tras los párpados cerrados; el sol atravesaba aquella fina barrera y se adentraba en el cerebro torturado, tiñéndolo de un fulgor rojizo. Sin embargo, era mejor así: con los párpados apretados, y durante mucho tiempo—quizá varias horas—caminé con los ojos cerrados, percibiendo tan sólo el movimiento de la multitud en torno a mí: el pesado y desigual pisar de muchas botas, de hombres y caballos, el rechinar de las ruedas de hierro aplas-

tando las piedras, la respiración profunda y forzada de alguien y el ruido seco de unos labios agrietados que se abrían y cerraban. Pero no oí ni una palabra. Todos guardaban silencio, como si fuera un ejército de mudos en marcha, y cuando alguno caía, caía sin un grito; los demás tropezaban con su cuerpo, se desplomaban y volvían a levantarse en silencio, y, sin volver la cabeza, seguían adelante, como si esos mudos fuesen también ciegos y sordos. Yo mismo tropecé y caí varias veces; entonces, involuntariamente, abría los ojos, y todo cuanto veía me parecía una ficción demencial, la espantosa alucinación de un mundo enloquecido. El aire vibraba con un calor abrasador, las piedras temblaban en silencio, como a punto de fundirse, y a lo lejos, en una curva del camino, las hileras de hombres, cañones y caballos parecían desprenderse de la tierra y ondular como una masa de gelatina en su avance. Me daba la impresión de que no había personas vivas ante mí, sino un ejército de sombras incorpóreas.

Aquel sol inmenso, tan cercano y tan terrible, encendía miles de soles diminutos y cegadores sobre cada cañón y cada pieza de metal, y esos soles, blancos de un fulgor hiriente como puntas al rojo vivo, se clavaban en la vista desde todos los ángulos. Y el calor asfixiante y abrasador se adentraba en el cuerpo—en los huesos, en el cerebro—y a ratos sentía que lo que se mecía sobre mis hombros no era una cabeza, sino un extraño y descomunal globo, pesado y liviano a la vez, ajeno y espantoso.

Y entonces—entonces recordé de pronto mi casa: el rincón de una habitación, un pedazo de pared empapelada de un tenue color azul, y una botella de agua cubierta de polvo sobre la mesa—sobre mi mesa, que tenía una pata más corta que las demás y un pedacito de papel doblado para calzarla. En la habitación contigua—y yo no los veía—estaban mi mujer y mi hijito. Si hubiera tenido fuerzas para gritar, lo habría hecho: tal era la maravilla de aquella imagen sencilla y serena—el trozo de pared azul y la botella de agua polvorienta, intacta. Sé que me detuve y alcé los brazos, pero alguien me empujó por la espalda y me eché a andar con prisa, abriéndome paso entre la multitud, sin saber adónde iba, pero sin sentir ya calor ni cansancio. Caminé así un largo trecho, a través de interminables hileras silenciosas, pasando junto a cuellos rojos por el sol, rozando las bayonetas ardientes que colgaban de manera casi inerte, hasta que la conciencia de lo que hacía—adónde corría—me detuvo en seco. Con el mismo apresuramiento, me desvié,forcé el paso hasta un claro, crucé un arroyo seco y me senté en una

piedra con gesto abstraído, como si aquel pedrusco áspero y ardiente fuera el objeto de todas mis ansias.

Fue entonces cuando lo sentí por primera vez. Percibí con claridad que toda esa gente, marchando en silencio bajo el sol cegador, atontados por la fatiga y el calor, tambaleándose y cayendo— todos estaban locos. Ignoraban adónde se dirigían, no sabían para qué servía aquel sol, no sabían nada. No eran cabezas lo que llevaban sobre los hombros, sino globos extraños y aterradores. Allí— vi a un hombre como yo, que se abría paso con urgencia a través de las filas y que se desplomó; allí— otro, y un tercero. De pronto, la cabeza de un caballo asomó por encima de la multitud, con los ojos rojos inyectados de sangre y sin brillo, y la boca abierta en una mueca que parecía un alarido sobrehumano, pero mudo; surgió aquella cabeza, se vino abajo y, por un instante, la masa se detuvo, apelotonándose en ese punto; escuché voces roncas, huecas, luego un disparo, y acto seguido el ejército prosiguió su interminable marcha silenciosa.

Pasó una hora mientras yo permanecía en aquella piedra, pero la multitud seguía avanzando ante mí, y el aire, la tierra y las filas movedizas a lo lejos temblaban como antes. De nuevo el calor abrasador atravesó mi cuerpo y olvidé lo que por un instante había comprendido; y seguían desfilando ante mí, sin que yo alcanzase a saber quiénes eran. Una hora atrás estaba solo sobre la piedra, pero ahora me rodeaba un grupo de figuras grises; algunas yacían inmóviles, tal vez muertas; otras permanecían sentadas mirando con la vista perdida a los que pasaban. Unos conservaban su fusil y parecían soldados; otros estaban casi desnudos y su piel aparecía tan lívida que resultaba difícil mirarlos. No muy lejos de mí había alguien tendido boca abajo.

Por su gesto indiferente, con el rostro hundido en la arena ardiente, y la palma de la mano vuelta hacia arriba, blanca, se notaba que estaba muerto; pero su espalda seguía rojiza, como si aún viviera, y sólo un ligero matiz amarillento, parecido al de la carne ahumada, delataba la muerte. Quise apartarme de él, pero no tenía fuerzas; me tambaleaba de puro débil y seguía contemplando el incesante desfile de hombres espectrales y vacilantes. Por la sensación que tenía en la cabeza, supe que pronto sufriría una insolación, pero lo aguardaba con la calma de un sueño, donde la muerte no es más que una etapa en la cadena de apariciones confusas y asombrosas.

Entonces vi a un soldado que se separaba de las filas y avanzaba hacia nosotros con paso decidido. Por un instante lo perdí de vista al bajar a un zanjón, pero cuando reapareció y siguió caminando, su andar era inseguro, y se notaba que hacía un esfuerzo supremo por controlar aquel cuerpo que se sacudía sin tregua. Venía derecho hacia mí y me asusté. Luchando contra la densa modorra de mi cerebro, pregunté:

—¿Qué quieres?

Se detuvo en seco, como si sólo aguardase una palabra, y quedó frente a mí, enorme, barbudo, la camisa hecha girones. No llevaba fusil, los pantalones se sostenían por un único botón y por una rotura se veía su piel blanca. Agitaba los brazos y las piernas, intentando refrenarlos, pero no podía; en cuanto los juntaba, volvían a abrirse.

—¿Qué te pasa? Será mejor que te sientes —dije.

Sin embargo, él seguía allí, inmóvil, con la mirada clavada en mí, sin poder dominar su cuerpo. Casi sin querer, me incorporé y, tambaleándome, lo miré a los ojos, donde vi un abismo de horror y demencia. Todos teníamos las pupilas contraídas, pero las suyas se habían dilatado y cubrían toda la córnea: ¡qué mar de fuego contemplaría él tras aquellos pozos negros! Tal vez fuese sólo mi imaginación, tal vez en su mirada sólo había muerte; pero no, no me equivoqué: en esas pupilas negras y sin fondo, rodeadas de un estrecho círculo de color naranja, como las de un ave, había algo más que la muerte, algo más que el terror a la muerte.

—¡Vete! —grité, retrocediendo—. ¡Vete de aquí!

Y como si esperara únicamente esa orden, inmenso, desmadejado y mudo como antes, cayó sobre mí con todo su peso, derribándome. Horrorizado, liberé mis piernas de debajo de su cuerpo, me incorporé de un salto y quise huir—huir lejos de cualquier presencia humana, adentrándome en la soledad ondeante y cegadora del paisaje—cuando de pronto, en lo alto, a mi izquierda, se oyó el disparo de un cañón, y enseguida dos más, como repitiendo el eco. Y algo silbó sobre nuestras cabezas: un proyectil que pasó con un chillido múltiple y jubiloso.

Nos habían flanqueado.

Al instante desaparecieron el calor asesino, el miedo y el cansancio. Mis pensamientos se aclararon, mi mente se volvió nítida y aguda, y cuando lle-

gué corriendo, sin aliento, hasta las filas que se reagrupaban, encontré rostros serenos, casi alegres, oí voces roncas pero fuertes, órdenes y bromas. Parecía como si el sol se hubiera alzado más alto para no estorbar y se hubiera apagado un poco—y de nuevo un obús, como una bruja, cortó el aire con un chillido de júbilo.

Me incorporé...

## FRAGMENTO II

...Casi todos los caballos y hombres. Lo mismo en la octava batería. En nuestra duodécima batería, hacia el final del tercer día, sólo quedaban tres cañones — todos los demás inutilizados — seis hombres y un oficial: yo mismo. Llevábamos veinte horas sin dormir ni comer; durante tres días y noches un estrépito y un aullido satánicos nos envolvieron en una nube de demencia, aislándonos de la tierra, del cielo y de nosotros mismos — y nosotros, los vivos, vagábamos como locos. Los muertos... ellos yacían inmóviles, mientras nosotros seguíamos cumpliendo nuestro deber, hablando y riendo, y éramos... como lunáticos. Nuestros movimientos eran rápidos y precisos, nuestras órdenes claras, su ejecución exacta, pero si de pronto alguien nos hubiera preguntado quiénes éramos, sin duda no habríamos sido capaces de hallar respuesta en nuestros cerebros confusos. Como en un sueño, todos los rostros parecían familiares, y todo lo que ocurría resultaba conocido y natural — como si hubiera sucedido antes; pero cuando fijaba la vista en un rostro cualquiera o en un cañón, o me ponía a escuchar el estruendo, me abrumaba la novedad y el misterio infinito de cuanto me rodeaba. La noche se cernía sobre nosotros sin apenas darnos cuenta y, antes de llegar a preguntarnos de dónde había salido, el sol volvía a arder sobre nuestras cabezas. Y sólo gracias a los que se acercaban a nuestra batería nos enterábamos de que estaba amaneciendo el tercer día de batalla, para olvidarlo al instante: para nosotros todo se fundía en un solo día interminable, sin comienzo, a ratos oscuro, a ratos claro, pero siempre ininteligible y ciego. Y nadie temía a la muerte, porque nadie comprendía en qué consistía la muerte.

La tercera o cuarta noche — no lo recuerdo bien — me tumbé un momento detrás del parapeto y, en cuanto cerré los ojos, volvió a presentarse la mis-

ma imagen familiar y extraordinaria: el trozo de papel pintado de tono celeste y la botella de agua empolvada, intacta, sobre mi mesa. Y en la habitación contigua — que no alcanzaba a ver — estaban mi esposa y mi niño. Pero esta vez una lámpara con pantalla verde ardía sobre la mesa, así que debía de ser de noche, o quizá el anochecer. La escena permanecía inmóvil y la contemplé con mucha calma y detenimiento durante largo rato, dejando que mi mirada descansara en el reflejo de la luz sobre el cristal de la botella y en el papel pintado, preguntándome por qué mi hijo no estaba dormido, pues era de noche y hora de acostarse. Luego me puse a examinar otra vez el papel de la pared: cada arabesco, cada flor plateada, cada cuadrado y línea — sin haber imaginado antes que conociera tan bien mi propia habitación. De vez en cuando abría los ojos y veía el cielo negro surcado de bellas franjas de fuego; los cerraba de nuevo y volvía a ver el papel pintado, la botella reluciente, preguntándome de nuevo por qué mi hijo no se había acostado, si era de noche y ya le correspondía dormir. En cierta ocasión, un obús estalló no muy lejos de mí, haciendo que mis piernas dieran un respingo, y alguien gritó con más fuerza que el estruendo de la explosión, y me dije: «Han matado a alguien», pero no me levanté ni aparté la vista del trozo de pared azul y la botella de agua.

Después me incorporé, me moví de un lado a otro, di órdenes, observé los rostros de los hombres, apunté los cañones y continué preguntándome por qué mi hijo no estaba durmiendo. En un momento dado le pregunté al sargento, y él me lo explicó con todo detalle, asintiendo ambos con la cabeza. Luego él se echó a reír, y la ceja izquierda le temblaba, mientras guiñaba el ojo de forma cómplice a alguien que se hallaba detrás de nosotros. Detrás de nosotros sólo se veían los pies de alguien... y nada más.

Para entonces ya clareaba, cuando de pronto cayó una gota de lluvia. Lluvia — igual que en casa, diminutas gotas de lluvia perfectamente corrientes. Pero fue tan súbita y tan fuera de lugar, y teníamos tanto miedo de empaparnos, que abandonamos los cañones, dejamos de disparar y buscamos refugio donde pudimos.

El sargento con quien había estado conversando se acomodó bajo el cureña y se quedó dormido al instante, aun cuando podía aplastarlo en cualquier momento; el artillero rechoncho, por algún motivo, se puso a desnudar un cadáver, mientras yo corría por la batería buscando algo — una capa o un paraguas. Y en ese preciso instante, sobre toda la inmensa extensión donde se

desató la nube de lluvia, cayó un silencio asombroso. Un solitario shrapnel rezagado silbó y estalló, y acto seguido reinó el silencio—tan profundo que se oía el jadeo del artillero gordo y el chapoteo de las gotas sobre las piedras y los cañones. Y aquel ruido continuo y leve, que recordaba al otoño—el olor de la tierra mojada y la quietud—parecía desgarrar por un instante la sangrienta y feroz pesadilla; y cuando me fijé en el cañón, reluciente bajo la lluvia, me evocó de improviso algo querido y sosegado—mi infancia o quizás mi primer amor. Pero a lo lejos tronó un disparo especialmente potente y se deshizo el hechizo de aquella calma pasajera; los hombres empezaron a salir de sus escondites con la misma brusquedad con que se habían ocultado; rugió un cañón, después otro, y una vez más el cerebro exhausto se vio envuelto en la cruenta y densa penumbra. Nadie se dio cuenta de cuándo cesó la lluvia. Sólo recuerdo haber visto el agua resbalando sobre el rostro hinchado y amarillo del artillero muerto; por lo que supongo que llovió durante un buen rato...

...Delante de mí estaba un joven voluntario, con la mano en la visera, informándome de que el general deseaba que mantuviéramos nuestra posición sólo dos horas más, tras las cuales nos relevarían. Yo seguía preguntándome por qué mi hijo no se acostaba, y respondí que podía aguantar tanto como él quisiera. Pero de pronto me llamó la atención la cara del muchacho, quizá por lo inusitada y llamativa de su palidez. Jamás vi nada tan blanco: ni los difuntos tienen un color tan lívido como aquel joven, imberbe rostro. Imagino que se había aterrado mientras venía hacia nosotros y no conseguía reponerse; y al mantener la mano alzada a su gorra, se esforzaba por apartar de sí aquel miedo demencial con un ademán mecánico y familiar.

—¿Tienes miedo? —pregunté, tocándole el codo. Pero su codo parecía de madera, y él sólo sonrió, sin decir nada. Más bien, se le crispaban los labios en un esbozo de sonrisa, mientras sus ojos rebosaban juventud y espanto, nada más.

—¡Tienes miedo! —repetí con dulzura. Sus labios temblaron, tratando de articular algo, y en ese mismo instante sucedió algo incomprensible, monstruoso y sobrenatural. Percibí una corriente de aire cálido sobre mi mejilla derecha que me hizo tambalear—eso fue todo—, mientras ante mis ojos, en lugar de aquel rostro blanco, apareció algo corto, roma y de color rojo, de donde la sangre manaba como de una botella destapada, al modo de esas ilustraciones toscas de los rótulos comerciales. Y aquella cosa roja, disminu-

ta y sangrante seguía pareciendo esbozar una mueca, una especie de sonrisa desdentada—una risa roja.

La reconocí—aquella risa roja. La había estado buscando y, al fin, la encontré—esa risa roja. Ahora comprendía lo que encerraban todos esos cuerpos mutilados, desgarrados y extraños. Era una risa roja. Estaba en el cielo, en el sol, y pronto iba a cubrir toda la tierra— ¡aquella risa roja!

Mientras ellos, con precisión y calma, como desquiciados...

## FRAGMENTO III

Dicen que en nuestro ejército hay una gran cantidad de enajenados, igual que en el del enemigo. Se han habilitado cuatro salas para enfermos mentales. Cuando estuve en el estado mayor, nuestro ayudante de campo me mostró...

## FRAGMENTO IV

...Enrollados como serpientes. Vio cómo la alambrada, cortada por un extremo, hendía el aire y se ceñía alrededor de tres soldados. Los garfios desgarraron sus uniformes y se clavaron en su carne, y los soldados gritaban, girando enloquecidos; dos de ellos arrastraban al tercero, que ya estaba muerto. Al cabo, sólo quedó uno con vida, y trató de apartar los cuerpos de sus compañeros fallecidos; sin embargo, se enredaban con él, dándose vueltas unos sobre otros y sobre su propio cuerpo, hasta que de pronto los tres quedaron inmóviles.

Me contó que en un solo enredo de alambradas se perdieron al menos dos mil hombres. Mientras se afanaban en cortar el alambre, enredándose en sus serpenteantes espirales, los vapuleaba un incesante diluvio de balas y metralla. Me aseguró que aquello resultaba espantoso, y que, de haber sabido en qué dirección huir, el ataque habría terminado en un pánico absoluto. Pero las diez o doce hileras sucesivas de alambre, y la lucha por abrirse paso, un verdadero laberinto de fosos con estacas en el fondo, los confundieron tanto que les resultaba imposible definir hacia dónde escapar.

Algunos, como ciegos, caían en esos hoyos en forma de embudo y quedaban ensartados en las afiladas estacas, atravesados por el vientre, agitándose y contorsionándose como muñecos de trapo; eran aplastados por más cuerpos que caían encima, y pronto el foso se llenaba hasta los bordes con una masa palpitante de cuerpos vivos y muertos, empapada en sangre. De ella surgían manos por todos lados, cuyos dedos se movían de forma espasmódica, aferrándose a lo que encontraban; y quienes quedaban atrapados allí no tenían vuelta atrás: cientos de dedos fuertes y ciegos, como pinzas de langosta, los sujetaban con fuerza por las piernas, se agarraban de su ropa, los hacían caer sobre otros, les arrancaban los ojos y los estrangulaban. Mu-

chos parecían hallarse en un estado de embriaguez, y corrían directo hacia el alambre, quedando atrapados y gritando sin parar, hasta que una bala ponía fin a sus alaridos.

A decir verdad, todos se conducían como si estuvieran embriagados: unos soltaban palabrotas terribles, otros reían cuando el alambre los agarraba por el brazo o la pierna, para morir allí mismo. Él mismo, aunque no había comido ni bebido desde la mañana, se sentía muy extraño. Le daba vueltas la cabeza y, por momentos, el terror se le convertía en un arrebató salvaje, que luego regresaba a la angustia. Cuando alguien se puso a cantar a su lado, él siguió la tonada y pronto se alzó un coro unánime. No recuerda qué cantaban, sólo que era una canción alegre con aire de baile. Sí, cantaban, mientras todo alrededor estaba teñido de rojo sangre. El mismo cielo parecía rojo, y se habría dicho que una catástrofe había asolado el universo — una especie de extinción de colores: el azul celeste, el verde y otros tonos, habituales y tranquilos, habían desaparecido, mientras el sol ardía en un destello rojo.

— La risa roja — dije.

Pero él no lo comprendió.

— Sí, y se reían, como te dije, como gente ebria. Tal vez hasta bailaban. Algo así. Al menos, los movimientos de esos tres se parecían a una danza.

Recuerda con total claridad que, cuando le dispararon atravesándole el pecho y cayó al suelo, las piernas le temblaron un rato, hasta que perdió el conocimiento, como si bailara al son de una música. Y ahora, cuando piensa en aquel ataque, lo asalta una sensación extraña: en parte miedo, en parte un ansia de volver a vivirlo todo.

— ¿Recibir otro balazo en el pecho? — pregunté.

— Vaya, ¿por qué iba a llevarme yo un balazo cada vez? Tampoco estaría tan mal, viejo amigo, ganarse una medalla al valor.

Estaba tendido de espaldas, con la cara cerúlea, la nariz afilada, los pómulos prominentes y los ojos hundidos. Parecía un cadáver, soñando con una condecoración. Ya tenía gangrena, ardía en fiebre y, en tres días, lo arrojarían a una fosa con el resto de los muertos; sin embargo, allí permanecía, esbozando una sonrisa ausente y hablando de medallas.

—¿Le has teleografiado a tu madre? —le pregunté.

Él me miró con espanto, con hostilidad y rabia, sin responder. Guardé silencio, y enseguida me envolvieron los gemidos y los delirios de los heridos. Pero cuando me incorporé para irme, me asió la mano con la suya, ardiente pero aún fuerte, y clavó en mí sus ojos encendidos y hundidos, en una expresión extraviada y angustiada.

—¿Qué significa todo esto, eh? ¿Qué quiere decir todo? —preguntó, asustado y con insistencia, zarandeándome la mano.

—¿El qué?

—Todo... en general. Ella me espera. Pero yo no puedo. Mi patria... ¿acaso se le puede explicar qué es mi patria?

—La risa roja —contesté.

—¡Ah! Tú siempre de broma, pero yo hablo en serio. Es indispensable decírselo; pero ¿será posible explicárselo? ¡Si supieras lo que dice en sus cartas!... lo que escribe. Y sus palabras... tienen canas. Y tú... —me miró con curiosidad la cabeza, señaló con el dedo y, de pronto, soltó la carcajada diciendo—: ¡Vaya, estás calvo! ¿Lo has notado?

—Aquí no hay espejos.

—Muchos se han quedado calvos y encanecidos. Mira, tráeme un espejo. ¡Tráemelo! Siento que me brota el cabello blanco. ¡Quiero un espejo! —Cayó en un arrebato febril, gritando, y me alejé del hospital.

Esa misma noche organizamos un entretenimiento, triste y extraño a la vez, en el que, entre los invitados, se sentaban las sombras de los muertos. Decidimos reunirnos al anoecer para tomar el té, como si estuviéramos en casa, de picnic. Conseguimos un samovar, incluso un limón y unos vasos, y nos acomodamos bajo un árbol, cual si estuviéramos en una excursión hogareña. Nuestros compañeros llegaron en grupos de dos o tres, bulliciosos, bromeando y con aire alegre, pero enseguida se quedaron callados y evitaban mirarse, porque había algo atroz en aquel encuentro de hombres a los que la muerte había perdonado. Andrajosos, sucios, picados por una sarna espantosa, el pelo dejado, consumidos y demacrados, sin rasgos reconocibles, era como si nos viéramos por primera vez al reunirnos en torno al samovar y, al reconocernos en aquel aspecto, nos invadía el pavor. En vano

busqué un rostro que me resultara familiar en ese grupo de hombres sobrecogidos—no encontré ninguno. Aquellos hombres, inquietos, que se movían con gestos bruscos y repentinos, se sobresaltaban ante cualquier ruido, volvían la mirada sin cesar por encima del hombro, intentando llenar con gestos innecesarios un vacío misterioso y aterrador—eran seres nuevos, extraños, a quienes no conocía. Y sus voces sonaban distintas, pronuncian con dificultad, a trompicones, y con facilidad estallaban en gritos airados o en una risa absurda e incontenible ante el menor motivo. Y todo a nuestro alrededor nos parecía ajeno. El árbol era extraño, el crepúsculo ajeno, y el agua resultaba extraña, con un gusto y un olor raros, como si hubiéramos dejado la tierra y entrado en un mundo nuevo en compañía de los muertos—un mundo de fenómenos enigmáticos y sombras lúgubres y premonitorias. El atardecer tenía un color amarillo y frío; grandes nubes negras, inertes y sin brillo colgaban pesadamente sobre el horizonte, mientras la tierra debajo se oscurecía, y nuestros rostros, en aquella siniestra claridad, se veían amarillos, como rostros de difuntos. Todos contemplábamos el samovar, pero éste se apagó, con sus paredes reflejando la tonalidad amarillenta y amenazadora del cielo, y también él se antojaba un objeto desconocido, muerto e incomprensible.

—¿Dónde estamos? —preguntó alguien, y en su voz se adivinaba zozobra y temor. Alguien suspiró; otro chasqueó los dedos, crispado; otro rió; otro dio un respingo y empezó a deambular con paso rápido alrededor de la mesa. Últimamente se veían a menudo individuos así, que andaban de acá para allá con prisa, casi corriendo, ora mudos, ora musitando algo ininteligible.

—En la guerra —respondió el que se reía, soltando de nuevo una carcajada hueca y prolongada, como ahogada por algo.

—¿De qué se ríe? —exclamó indignado alguien—. ¡Eh, basta ya!

El otro se atragantó una vez más, dejó escapar un leve bramido y, obediente, se calló.

Ya oscurecía; la nube descendía hacia la tierra y nos resultaba difícil ver las amarillas caras espectrales del resto. Alguien preguntó:

—¿Y “Piernitas Gordas”?

“Piernitas Gordas” era como llamábamos a un compañero oficial, bajo de estatura, que usaba enormes botas impermeables.

—Hace un momento estaba aquí. ¡Oye, Piernitas Gordas, ¿dónde te has metido?

—Piernitas Gordas, no te escondas. Te delatan tus botas.

Todos reímos, pero la risa se vio interrumpida por una voz áspera e indignada que retumbó en la penumbra:

—¡Basta! ¿No les da vergüenza? A “Piernitas Gordas” lo mataron esta mañana, en una misión de reconocimiento.

—Pero si lo vimos hace un momento. Debe de ser una equivocación.

—Se lo imaginaron. ¡Ah, oye! Tú, el que está detrás del samovar, córtame un gajo de limón.

—¡Y a mí también!

—¡Y a mí!

—Se acabó el limón.

—¿Cómo es posible, muchachos? —murmuró una voz apagada, doliente y casi al borde del llanto—. ¡Si yo venía sólo por el limón...!

El mismo individuo volvió a soltar aquella carcajada hueca y prolongada, y esta vez nadie lo interrumpió. Pero pronto calló. Se le escapó un graznido y se sumió en el silencio. Alguien dijo:

—Mañana comienza nuestro avance contra el enemigo.

Pero varias voces respondieron con enojo:

—¡Tonterías, avanzar contra el enemigo, anda ya!

—Pero si sabes muy bien que...

—¡Cállate! ¿Es que no podemos hablar de otra cosa?

El resplandor del crepúsculo se extinguió. La nube se elevó, y pareció aclarar un poco; los rostros se hacían más reconocibles, y aquél que mero-deaba en círculos se tranquilizó y tomó asiento.

—¿Cómo estará todo en casa ahora? —preguntó con vaguedad, y en su tono se adivinaba una culpable melancolía.

Y una vez más todo pareció espantoso, incomprensible y ajeno, tan intensamente que nos llenó de pavor, casi hasta perdernos el sentido. Todos a la vez, comenzamos a hablar y gritar, atareados, moviendo los vasos, tocándonos unos a otros los hombros, las manos, las rodillas—hasta que de pronto enmudecimos, sobrecogidos ante lo incomprensible.

—¿En casa? —gritó una voz ronca, temblorosa de emoción, de miedo y de rabia, surgida de la oscuridad. Y se le trababan ciertas palabras, como si hubiera olvidado pronunciarlas.

—¿En casa? ¿Y eso qué es? ¿Acaso existe un hogar en alguna parte? No me corten o disparen. En casa me daba un baño a diario—¿lo entienden?—una bañera llena de agua—¡agua hasta el borde! Y ahora... ni siquiera me lavo la cara a diario. Tengo costras en la cabeza, y el cuerpo me pica y... me pica... Me estoy enloqueciendo de tanta mugre, ¿y todavía hablan de un hogar? Me comporto como un animal, me desprecio, no me reconozco; la muerte no da miedo en absoluto. Sus metrallas me están reventando el cerebro. Apunten donde quieran: siempre aciertan en mi cabeza, ¡y ustedes hablan de un hogar! ¿Qué hogar? ¿Calles, ventanas, gente? ¡Yo no pisaría la calle así, por nada del mundo! Me daría vergüenza. Trajeron un samovar, y me avergoncé de mirarlo.

El otro volvió a reír. Se oyó la voz de alguien:

—¡Al diablo con todo! Yo me largo a casa.

—¿Casa?

—¡No entiendes lo que es el deber!

—¿Casa? ¡Fíjense! Quiere irse a casa...

El grupo estalló en carcajadas, soltando gritos airados, y de nuevo todos callamos, sometiéndonos a la incomprensibilidad. Entonces no sólo yo, sino todos, percibimos su presencia. Se acercaba desde aquellos campos oscuros, misteriosos y extraños; ascendía de los barrancos tétricos, donde quizá seguían muriendo los olvidados entre las rocas; fluía desde aquel cielo desconocido y ajeno. Permanecimos en torno al samovar, ya apagado, con el ánimo preso de terror, mientras una sombra inmensa e informe, que se alzaba

sobre el mundo, nos contemplaba silenciosa desde las alturas. De pronto, muy cerca, seguramente en la casa del Cuartel General, sonó música, y las notas frenéticas, jubilosas y estridentes irrumpieron en la noche y en la quietud. La banda tocaba con un frenesí alegre y temerario, de forma precipitada, disonante, demasiado alta y demasiado jubilosa, y se notaba que quienes tocaban y quienes escuchaban contemplaban, como nosotros, a aquella sombra gigante, muda y sin forma, que se cernía sobre el mundo. Era evidente que el músico encargado de la trompeta llevaba en su interior, en su cerebro y en sus oídos, esa misma sombra inmensa y callada. Su sonido, brusco y quebrado, rebotaba, corriendo y escabulléndose de los demás, temblando de terror y locura en su soledad. Y las demás notas parecían buscarlo, tropezaban y se derrumbaban, volvían a alzarse en un tropel desordenado—demasiado alto, demasiado alegre, demasiado cerca de los hondos barrancos, donde, con seguridad, todavía agonizaban, perdidos entre las peñas, los caídos en el olvido.

Y nosotros seguimos durante largo rato alrededor del samovar frío, sin pronunciar palabra.

## FRAGMENTO V

...Ya estaba dormido cuando el médico me despertó empujándome con cuidado. Me incorporé de un salto, gritando—como hacíamos todos cuando alguien nos despertaba—y corrí hacia la entrada de nuestra tienda. Pero el doctor me sujetó con fuerza por el brazo, disculpándose:

—Te he asustado, perdóname. Sé que quieres dormir...

—Cinco días y noches... —farfullé, medio dormido. Volví a caer en un sueño que me pareció largo, hasta que el doctor empezó de nuevo a hablar, dándome leves golpecitos en las costillas y las piernas.

—Pero es muy urgente, compañero, por favor... es apremiante. Vengo dándole vueltas... no logro sacármelo de la cabeza... No hago más que pensar en que quizá queden algunos heridos...

—¿Heridos? Pero si has estado trayéndolos todo el día. Déjame en paz. No es justo... ¡llevo cinco días sin dormir!

—No te enojas, chico —murmuró el médico, acomodándome la gorra de un modo torpe—. Todos duermen, no hay forma de despertarlos; he conseguido una locomotora con siete vagones, pero nos faltan hombres. Lo entiendo... Compañero, te lo suplico. Todos duermen y todos se niegan. Yo mismo temo dormirme. Ni recuerdo cuándo dormí por última vez. Creo que empiezo a tener alucinaciones. Sé buen muchacho, baja los pies, sólo uno... eso... ahí...

El doctor estaba pálido y tambaleante; se notaba que, con tan solo tumbarse un segundo, quedaría dormido varios días seguidos sin despertar. A mí las piernas se me doblaban, y juro que me quedé dormido mientras caminaba. De pronto, ante nosotros apareció una hilera de siluetas negras: la

locomotora y los vagones. Cerca de ellos, apenas distinguibles en la oscuridad, unos hombres deambulaban con paso lento y silencioso. Ni en la locomotora ni en los vagones se veía la más mínima luz; únicamente la caja de ceniza cerrada proyectaba un resplandor rojizo tenue sobre las vías.

—¿Qué es esto? —pregunté, retrocediendo.

—Pues... vamos a viajar en tren. ¿Lo has olvidado? Viajaremos en tren —murmuró el doctor.

La noche estaba fría, y él temblaba de frío; al verlo, sentí en mí el mismo escalofrío que recorre todo el cuerpo con un cosquilleo veloz.

—¡Maldito seas! —grité con fuerza—. Como si no hubieras podido elegir a otro.

—¡Chss! Por favor, calla —suplicó el doctor, cogiéndome del brazo.

Desde la oscuridad llegó una voz:

—Aunque dispararas una salva con todos los cañones, nadie se movería. Están todos dormidos. Uno podría acercarse a atarlos uno a uno. Hace un instante pasé casi rozando al centinela. Me miró y no dijo nada, ni se movió. Supongo que también estaba dormido. Es un milagro que no se desplome.

El que hablaba bostezó y, al estirarse, sus ropas crujieron. Me apoyé contra el lateral de un vagón con la intención de subir y, al instante, me venció el sueño. Alguien me levantó por detrás y me tumbó, mientras yo lo apartaba con los pies, sin saber por qué, y de nuevo caí dormido, escuchando como en sueños retazos de conversación:

—En el séptimo verst.

—¿Se te han olvidado los faroles?

—No quiere avanzar.

—Dámelos. Échate atrás un poco. Así.

Los vagones se sacudían hacia delante y hacia atrás, algo traqueteaba. Y poco a poco, por todos esos sonidos y porque estaba echado cómodamente, fui espabilándome. Pero el doctor dormía como una piedra; cuando le toqué la mano, la sentí pesada e inerte, como la de un cadáver. El tren avanzaba

con lentitud, con cautela, vibrando apenas, como si tanteara el camino. El estudiante que hacía de ayudante encendió la vela de un farol, iluminando las paredes y la negra abertura de la portezuela, y dijo con fastidio:

— ¡Maldita sea! A estas alturas, ¿para qué nos necesitan? Mejor despierta al doctor antes de que caiga en un sueño tan profundo que no podamos con él. Lo digo por experiencia.

Despertamos al médico y, al incorporarse, movió los ojos sin comprender. Intentó acostarse de nuevo, pero no lo dejamos.

— Ahora vendría bien un poco de vodka — sugirió el estudiante.

Bebimos un sorbo de brandy y, de repente, el sueño se esfumó del todo. El gran rectángulo negro de la entrada empezó a teñirse de rosa, luego de rojo— en algún lugar tras las colinas se elevaba el inmenso brillo mudo de un incendio, como si el sol estuviera saliendo en plena noche.

— Está lejos, a unas veinte verstas.

— Tengo frío — dijo el doctor, castañeteando los dientes.

El estudiante se asomó a la portezuela e hizo un gesto para que yo me uniera a él. Eché una ojeada: en varios puntos del horizonte se elevaban llamaradas inmóviles, similares a la primera, alineadas en silencio; era como si docenas de soles estuvieran saliendo a la vez. Y la oscuridad ya no era tan densa. Las colinas distantes se perfilaban en un negro más compacto, su contorno roto y ondulado recortado contra el cielo, mientras que en primer plano todo se bañaba en un resplandor rojizo, blando, silencioso e inmóvil. Observé al estudiante; su rostro estaba teñido de aquel mismo color rojo fantástico, como si se tratara de luz convertida en sangre que flotara en el aire.

— ¿Hay muchos heridos? — pregunté.

Él movió la mano como respuesta.

— Muchos locos. Más que heridos.

— ¿Locos de verdad?

— ¿De qué otro tipo podrían ser?

Me miraba con la misma fijeza y el mismo horror helado que vi en los ojos del soldado que murió de insolación.

—Basta —dije, volviéndome.

—El médico también está loco. Míralo.

El médico no oía nada. Sentado con las piernas cruzadas, se balanceaba a un lado y a otro moviendo los labios y la punta de los dedos sin emitir sonido. En su mirada podía verse esa misma rigidez, un desconcierto obtuso y la marca de algo que lo había golpeado.

—Tengo frío —repitió el doctor, esbozando una sonrisa.

—¡Al diablo con todos! —grité alejándome hacia un rincón del vagón—. ¿Para qué me habéis arrastrado aquí?

Nadie contestó. El estudiante seguía contemplando las llamaradas silenciosas en el cielo, y la nuca con su pelo rizado tenía un aire juvenil; viéndolo así, por alguna razón, imaginé una mano de mujer acariciándole los cabellos. Y aquella imagen me resultó tan desagradable que sentí un leve odio en mi pecho, y me costaba mirarlo sin repugnancia.

—¿Cuántos años tienes? —le pregunté. Pero no giró la cabeza ni respondió.

El doctor continuaba meciéndose.

—Tengo frío.

—Cuando pienso —dijo el estudiante sin volver la vista—, cuando pienso que existen calles, casas, una universidad...

Se interrumpió, como si no tuviera nada más que decir, y calló. De pronto el tren se detuvo en seco, casi al instante, haciéndome chocar contra la pared, y se oyeron voces. Saltamos al exterior. Justo ante la locomotora, sobre las vías, yacía algo no muy grande, con una pierna asomando.

—¿Está herido?

—No, muerto. Le han arrancado la cabeza. Como sigamos así sin farol, aplastaremos a alguien.

El bulto con la pierna saliente fue apartado; un instante aquella pierna pareció agitarse en el aire, como si quisiera echar a correr, y todo se esfumó en

un barranco oscuro. Encendieron el farol delantero y la locomotora quedó envuelta en sombras.

— ¡Escuchen! — susurró alguien, aterrorizado.

¿Cómo no lo habíamos percibido antes? Desde todas partes — imposible precisar de dónde — llegaba un gemido continuo, áspero, de una amplitud pasmosa y con un matiz casi indiferente, o así lo parecía. Habíamos oído bastantes gritos y alaridos, pero nada como aquello. En la superficie rojiza apenas distinguimos nada, y por eso, tierra y cielo, alumbrados por un sol que no salía nunca, parecían gemir al unísono.

— Estamos en el quinto verst — dijo el maquinista.

— De ahí proviene — el médico señaló al frente. El estudiante se estremeció y giró lentamente hacia nosotros.

— ¿Qué es eso? ¡Es horrible oírlo!

— Sigamos.

Avanzamos delante de la locomotora, proyectando una sombra densa sobre los raíles, sólo que no era negra sino de un matiz rojo tenue, iluminada por las llamas inmóviles que resaltaban en silencio por distintos puntos del cielo ennegrecido. Y con cada paso que dábamos, aquel lamento salvaje, de otro mundo, sin un origen visible, se intensificaba de manera lúgubre, como si fuera el propio aire rojo, la tierra y el cielo los que se dolían. Por su monotonía y aquella extraña frialdad, evocaba a ratos el incesante cantar de los grillos en un prado — el incesante canto de los grillos en un día caluroso de verano. Y cada vez hallábamos más cadáveres. Los examinábamos con rapidez y los apartábamos de las vías — cuerpos indiferentes, tranquilos, blandos, que al alzarlos dejaban manchas oscuras y aceitosas de sangre en la tierra. Al principio los contábamos, luego perdimos la cuenta y dejamos de intentarlo. Eran demasiados, demasiado para aquella noche siniestra, que parecía respirar frío y gemidos en cada fibra.

— ¿Qué significa esto? — gritó el doctor, amenazando a alguien con el puño — . Escuchen...

Nos acercábamos al sexto verst, y los gemidos se volvían más nítidos y desgarradores, casi podíamos percibir las bocas desencajadas que exhalaban aquellos espantosos alaridos.

Mirábamos con ansiedad la penumbra encendida por aquel fulgor engañoso, cuando de repente, casi a nuestros pies, junto a las vías, alguien dejó escapar un gemido atronador, un llamado lastimero. Lo vimos enseguida: un herido cuyo rostro parecía compuesto sólo de dos ojos enormes, iluminados por el haz de nuestro farol. Dejó de gemir y nos miró a cada uno de nosotros y a nuestras linternas con expresión alucinada de alegría y terror, como si temiera que al instante fuéramos a desvanecernos. Tal vez antes hubiera visto a otros hombres con linternas inclinándose hacia él, pero siempre desaparecían en aquella confusa pesadilla de sangre.

Seguimos avanzando y casi al instante tropezamos con otros dos heridos: uno tendido sobre los raíles y otro que gemía en la zanja. Mientras los recogíamos, el doctor, temblando de rabia, me soltó un “¿Ves?” y se dio la vuelta. Unos pasos más allá hallamos a otro con heridas leves que avanzaba por su cuenta, sosteniéndose un brazo con la otra mano. Caminaba con la cabeza echada hacia atrás, en línea recta hacia nosotros, como si no nos viera, y al apartarnos para dejarlo pasar, creo que ni reparó en nosotros. Se detuvo un instante junto a la locomotora, se desvió y siguió de largo.

— ¡Súbete! — le gritó el doctor, pero no respondió.

Aquellos fueron los primeros, y nos horrorizaron. Pero al poco empezamos a encontrar más, cada vez más, tendidos o reptando por las vías y sus alrededores, y todo el campo, iluminado por aquel resplandor rojo inmóvil, comenzó a agitarse como si cobrara vida, erupcionando en gritos, llantos, maldiciones y lamentos. Todos aquellos bultos oscuros se movían y se arrastraban como langostas medio muertas saliendo de un cesto, con las patas extendidas, apenas humanos en sus gestos inconscientes y rígidos. Unos permanecían callados y dóciles, otros gemían, gritaban injurias y mostraban un odio feroz hacia nosotros, sus salvadores, como si fuésemos responsables de esa noche atroz e indiferente, de sus espantosas heridas y de su abandono entre cadáveres.

El tren se llenó, y nuestra ropa quedó tan empapada de sangre que parecía que hubiéramos pasado horas bajo una lluvia carmesí. Y aun así, seguían llegando más heridos; aquel campo que recobraba la vida se agitaba con la misma violencia.

Algunos llegaban arrastrándose por su cuenta; otros, tambaleándose y cayendo. Uno casi corrió hacia nosotros. Tenía la cara destrozada, apenas con-

servaba un ojo, que ardía con fiereza, y estaba casi desnudo, como si viniera de un baño. Me apartó con un empujón, vio al médico, y lo cogió del pecho con la mano izquierda:

— ¡Os reventaré la cara! — gritó, sacudiendo al doctor, y añadió con lentitud y rencor un insulto soez—. ¡Os la destrozaré, malditos!

El médico se soltó de un tirón y avanzó hacia él, replicando con voz temblorosa:

— ¡Haré que te sometan a consejo de guerra, granuja! ¡A la cárcel contigo! ¡Impides mi trabajo! ¡Miserable! ¡Bestia!

Los separamos, pero el soldado siguió gritando un buen rato: “¡Malditos! ¡Os voy a destrozar!”

Yo ya no daba más de mí, así que me aparté un poco a descansar y fumar. Tenía las manos endurecidas por la sangre reseca, como si llevara guantes negros que me impedían flexionar bien los dedos; se me caían el cigarrillo y las cerillas. Cuando por fin conseguí encender uno, el sabor del humo me resultó tan nuevo y extraño, tan distinto a todo lo que había probado antes o después, que me dejó desconcertado. Entonces se acercó el estudiante de la ambulancia con el que había venido, y me dio la impresión de que lo había visto años atrás, pero no recordaba dónde. Caminaba con paso firme, casi marcial, clavando la vista en un punto más allá de mí, por encima.

— Y ellos duermen — dijo, al parecer, con total serenidad.

Monté en cólera, como si me estuviera reprochando algo a mí.

— ¡No olvides que durante diez días pelearon como leones!

— Y ellos duermen — repitió, mirándome a través, por encima de mi cabeza. Luego se inclinó hacia mí y, moviendo un dedo de modo significativo, prosiguió con ese tono seco y sosegado—: Te lo diré... yo te lo diré...

— ¿El qué?

Se inclinó más todavía, sacudiendo el dedo, como si esas palabras fueran una idea ya completa:

— Yo te lo diré... Te lo diré... Cuéntales a ellos... —y, sin dejar de mirarme serio, movió el dedo una vez más, sacó el revólver y se pegó un tiro

en la sien. Y no me extrañó ni me asustó en absoluto. Sujeté el cigarrillo con la mano izquierda, palpé su herida y regresé al tren.

—El estudiante se ha suicidado. Creo que aún respira —le comenté al doctor. Éste se cogió la cabeza y lanzó un quejido.

—¡Maldito sea!... No hay sitio. Ese de allí pronto hará lo mismo. Te lo juro —exclamó con rabia y actitud amenazante— que yo también lo haré. ¡Sí! Y, por favor, lárgate de aquí. No hay más espacio. Si quieres, protesta contra mí.

Y se volvió, despotricando. Entonces vi al otro, que también parecía a punto de quitarse la vida. Era un sanitario, me parece que también estudiante. Apoyaba la frente en la pared del vagón, y sus hombros temblaban con sollozos.

—Basta —dije, tocándole el hombro convulso. Pero no se giró ni contestó, continuó llorando. La parte trasera de su cabeza tenía la misma apariencia juvenil que la del estudiante, e inspiraba el mismo horror; estaba en una postura extraña, con las piernas abiertas, a la manera de quien está borracho y a punto de vomitar; el cuello manchado de sangre, quizá se había llevado él mismo las manos a la garganta.

—¿Qué pasa? —pregunté con impaciencia.

Él se apartó del vagón y, encorvado como un anciano, con la cabeza gacha, echó a andar en las sombras, lejos de todos nosotros. No sé por qué, pero me puse a seguirlo, y avanzamos durante un buen trecho, alejándonos de los vagones. Creo que él seguía llorando, y sentí que una desolación extraña me envolvía, con ganas de llorar también.

—¡Detente! —grité, parándome en seco.

Pero él siguió caminando, arrastrando los pies con pesadez, encorvado, recordando a un viejo por sus hombros estrechos y su paso cansino. Pronto se esfumó en la bruma rojiza, que parecía iluminarlo todo y a la vez no alumbraba nada. Y me quedé solo. A mi izquierda pasó flotando una hilera de tenues luces—el tren. Yo estaba solo, rodeado de muertos y moribundos. ¿Cuántos quedaban? A mi alrededor todo estaba en calma y desolado, pero a lo lejos, el campo parecía palpitar, como si estuviera vivo—o tal vez así lo percibía yo en mi soledad. Sin embargo, los gemidos seguían sin menguar. Se extendían por la tierra—un chillido agudo y desesperado, como si miles

de cachorros abandonados y hambrientos clamasen al unísono. Como una aguja helada, interminable y afilada, penetraban en el cerebro, moviéndose con lentitud hacia dentro y hacia fuera... hacia dentro... y hacia fuera...

## FRAGMENTO VI

...Resultaron ser de los nuestros. Durante la extraña confusión de movimientos que reinó el mes pasado en ambos ejércitos —el nuestro y el del enemigo—, echando por tierra todas las órdenes y planes, estábamos convencidos de que los que se acercaban eran enemigos, concretamente el 4.º cuerpo. Ya todo estaba preparado para el ataque, cuando alguien distinguió con nitidez nuestros uniformes, y diez minutos después nuestra conjetura se convirtió en una certeza sosegada y feliz: eran hombres de nuestro propio bando. Aparentemente ellos también nos habían reconocido: avanzaban con total calma, y ese paso sereno parecía expresar la misma sonrisa dichosa de un encuentro inesperado.

Y cuando empezaron a disparar, durante unos instantes no comprendimos de qué se trataba y seguíamos sonriendo, bajo una lluvia de metralla y balas que, de un solo golpe, se llevó a cientos de hombres. Alguien gritó por error y —lo recuerdo con toda claridad— vimos que, en realidad, se trataba del enemigo, que aquel uniforme no era el nuestro, y respondimos al fuego de inmediato. Unos quince minutos después de iniciarse ese combate tan insólito, me volaron ambas piernas, y volví en mí en el hospital, tras la amputación.

Pregunté cómo había terminado la batalla, y recibí una respuesta evasiva, tranquilizadora, de la que deduje que habíamos sido derrotados; más tarde, sin piernas ya, me invadió la alegría al pensar que ahora me enviarían a casa, que seguiría vivo —vivo por mucho tiempo, vivo para siempre. Y sólo una semana después supe detalles que me hicieron dudar de nuevo y sentir un terror inédito. Sí, creo que a fin de cuentas sí eran hombres de los nuestros—y fue un proyectil salido de uno de nuestros propios cañones, disparado por uno de los nuestros, lo que me arrancó las piernas. Nadie pudo expli-

car cómo sucedió. Ocurrió algo que nos nubló la visión, y dos regimientos del mismo ejército, apostados a un verst de distancia, se aniquilaron mutuamente durante toda una hora en la creencia absoluta de que se enfrentaban a un batallón enemigo. Luego se recordaba de forma esquiva, a media voz, y —lo más asombroso— muchos de los que hablaban del tema no aceptaban el error ni entonces. Es decir, lo admitían, pero lo situaban en un momento posterior, convencidos de que al principio sí habían tenido al enemigo delante, que en algún punto del combate desapareció y nos dejó a merced de nuestro propio fuego. Algunos lo explicaban abiertamente con teorías muy precisas, que a ellos les parecían lógicas y concluyentes. A día de hoy no sabría decir con seguridad cómo comenzó aquel error tan extraño, pues con idéntica claridad vi primero el color rojo de nuestros uniformes y luego su tonalidad anaranjada. Y, de un modo u otro, muy pronto todo el mundo se olvidó del asunto, hasta el punto de que se habló de aquello como si hubiese sido una batalla real, y con ese enfoque se publicaron relatos en los periódicos de buena fe; los leí cuando regresé a casa. Al principio, la actitud de la gente hacia nosotros, los heridos de aquella jornada, resultó algo rara —parecía que se apiadaban menos que de los heridos en otras batallas, pero incluso eso se desvaneció enseguida. Tan sólo nuevos sucesos, similares a éste —y uno en el ejército enemigo, donde dos destacamentos se destruyeron casi por completo al trabar combate cuerpo a cuerpo durante la noche— me otorgan el derecho de creer que, en efecto, hubo un error.

El médico que me operó, un hombre enjuto y huesudo, impregnado de humo de tabaco y de ácido fénico, que siempre parecía sonreírle a algo a través de su mostacho amarillento y ralo, me guiñó un ojo y dijo:

—Estás de suerte, muchacho, te mandan a casa. Aquí algo va mal.

—¿Qué sucede?

—Algo no marcha bien. En mis tiempos era todo más sencillo.

Había participado en la última guerra europea, casi un cuarto de siglo atrás, y solía evocar aquellos días con agrado. Pero esta guerra no la comprendía y, según pude notar, la temía.

—Sí, algo va mal —suspiraba, arrugando el ceño y perdiéndose en una nube de humo—. Si pudiera, también me iría.

Y, acercándose a mí, susurró tras el bigote amarillento por la nicotina:

—Llegará el día en que nadie podrá irse de aquí. Ni yo ni nadie —y en sus ojos envejecidos, tan próximos a los míos, vi la misma mirada fija, apagada y aturrida de antes. Algo terrible, insoportable, como si se desplomasen miles de edificios, cruzó veloz por mi mente, y sentí un escalofrío de pánico al susurrar:

—La risa roja.

Fue el primero que me entendió. Asintió con rapidez y repitió:

—Sí. La risa roja.

Se instaló muy cerca de mí y, mirando a su alrededor, empezó a murmurar con ligereza senil, moviendo su afilada barbita gris:

—Te irás pronto, así que te lo contaré. ¿Has visto alguna vez pelearse a los locos en un manicomio? ¿No? Pues yo sí. Y peleaban como gente cuerda. ¿Lo entiendes? Como gente cuerda.

Recalcó esas últimas palabras varias veces, de forma enfática.

—¿Y qué tiene eso de particular? —pregunté, también en voz baja, asustado.

—Nada. Como gente cuerda.

—La risa roja —repetí.

—Les arrojaron agua para separarlos.

Recordé la lluvia que tanto nos había alterado, y me indigné.

—Estás loco, doctor.

—No más que tú. En cualquier caso, no más que tú.

El hombre flexionó sus viejas rodillas huesudas y soltó una risotada; mirando por encima de su hombro y con esa risa dolorosa todavía en sus labios agrietados, me guiñó el ojo varias veces con malicia, como si nosotros dos guardáramos un secreto muy divertido que los demás ignoraban. Luego, con la solemnidad de un profesor de magia negra al ejecutar un truco, alzó un brazo y, bajándolo con lentitud, rozó con dos dedos esa parte de la manta bajo la cual deberían estar mis piernas, de no habérmelas cercenado.

—¿Y entiendes esto? —preguntó con aire misterioso.

Después, con la misma actitud seria y llena de gravedad, extendió la mano señalando la hilera de camas donde yacían los heridos, y repitió:

—¿Y sabrías explicar eso?

—¿Los heridos? —inquirí—. ¿Los heridos?

—Los heridos —repitió él, cual eco—. Los heridos. Sin piernas ni brazos, con costados perforados, el pecho hundido y los ojos arrancados. ¿Lo entiendes? Me alegra saberlo. Así que supongo que también comprenderás esto...

Con una agilidad sorprendente para su edad, se puso bocabajo y se sostuvo sobre las palmas, alzando las piernas. Su ropa blanca de trabajo se dobló, el rostro se le puso morado, y, con aquella mirada invertida y extraña, me dirigió con esfuerzo unas palabras entrecortadas:

—¿Y esto... lo entiendes... también?

—¡Basta! —susurré con pavor—. O gritaré.

Él volvió a ponerse derecho, se sentó de nuevo junto a mi cama y, recuperando el aliento, comentó de manera automática:

—Nadie lo entiende.

—Ayer volvieron a abrir fuego.

—Sí, dispararon ayer y anteayer —afirmó él con un ademán.

—Quiero ir a casa —dije, desolado—. Doctor, buen hombre, quiero volver a casa. No soporto estar más tiempo aquí. A ratos me cuesta creer que tengo un hogar donde todo es tan agradable.

Él parecía absorto en sus reflexiones y no contestó, y yo rompí a llorar.

—Dios mío, me quedé sin piernas. ¡Con lo que disfrutaba con la bicicleta, con pasear y correr, y ahora no tengo piernas! Me encantaba poner a mi niño a caballito sobre mi pie derecho y él reía, y ahora... ¡Malditos seáis todos! ¿Para qué volver a casa? Sólo tengo treinta años... ¡Malditos!

Me eché a sollozar, pensando en mis queridas piernas, mis veloces y fuertes piernas. ¿Quién me las arrebató, quién se atrevió a quitármelas?

—Oye —dijo el médico, desviando la mirada—. Ayer vi a un soldado loco que vino hasta aquí. Un soldado enemigo. Estaba casi desnudo, con

marcas de golpes y arañazos, hambriento como un animal, y su pelo desgredado —igual que el nuestro— lo hacía parecer un salvaje, un hombre primitivo o un simio. Agitaba los brazos, hacía muecas, cantaba y gritaba y quería pelear. Lo alimentamos y luego lo echamos de nuevo... al campo abierto. ¿Dónde habríamos de meterlo? Días y noches vagan por los cerros, sin rumbo ni meta, sin senda ni descanso, hechos jirones, como espectros siniestros. Mueven los brazos, ríen, gritan y cantan, y si encuentran a alguien, luchan, o puede que ni se vean y pasen de largo. ¿Qué comen? Tal vez nada, o tal vez se alimenten de cadáveres junto a las bestias, junto a esos perros salvajes y gordos, que se pelean en las colinas aullando toda la noche. De noche, se reúnen alrededor de los fuegos como polillas monstruosas o aves despertadas por la tormenta; basta encender una hoguera para que en menos de media hora acudan un puñado de siluetas tiritantes y estrafalarias, dando voces como monos asustados. A veces se dispara sobre ellos por error, a veces a propósito, porque sacan de quicio con sus chillidos incomprensibles y aterradores...

—¡Quiero ir a casa! —grité, tapándome los oídos.

Pero nuevas palabras espantosas, huecas, fantasmales, como si vinieran a través de una capa de algodón, me golpeaban el cerebro.

—Son muchos. Mueren de cien en cien en los precipicios y trampas ideados para hombres cuerdos y avispados, atrapados en los restos de alambre y en las estacas; participan en los combates como héroes, siempre en primera línea, sin acobardarse jamás, pero a menudo se vuelven contra los suyos. Me caen bien. Yo apenas empiezo a volverme loco, por eso me ves aquí, hablando contigo, pero cuando termine de perder la razón, saldré al campo abierto... me internaré en campo abierto y lanzaré mi grito... daré la señal y reuniré a esos valientes, a esos caballeros andantes, y declararé la guerra al mundo entero. Entraremos en pueblos y ciudades en tropel alegre, con música y canciones, dejando a nuestro paso un rastro encarnado donde todo bailará y arderá como el fuego. Los que sobrevivan se unirán a nosotros, y nuestro ejército audaz crecerá como un alud y limpiará el mundo. ¿Quién dijo que no se puede matar, quemar o robar?...

Ahora vociferaba aquel doctor demente, y parecía haber despertado con sus gritos el dolor dormido en todos los que estaban alrededor, con sus pechos y costados abiertos, sus ojos arrancados y sus piernas cortadas. La sala

se llenó de un vasto gemido áspero y plañidero, y desde cada lado surgían rostros pálidos, amarillentos, agotados, unos sin ojos, otros tan monstruosamente desfigurados que era como si regresaran del infierno, y prestaban oído a aquellos alaridos, mientras una sombra negra, informe, alzada desde la tierra, se asomaba con cautela por la puerta abierta. Y el médico enloquecido seguía gritando, extendiendo los brazos:

—¿Quién dijo que no se puede matar, quemar o robar? Matamos, quemamos y saqueamos. Nosotros, una alegre banda de valientes sin remordimiento, lo destruiremos todo: sus edificios, sus universidades y museos, y bailaremos sobre sus ruinas, felices como niños, llenos de un fuego risueño. Proclamaré el manicomio como nuestra patria; todos los que no estén locos serán enemigos y dementes; y cuando yo, grande, invencible y risueño, reine sobre el mundo entero, su único señor y amo, ¡qué risa espléndida resonará en todo el universo!

—¡La risa roja! —grité, interrumpiéndole—. ¡Socorro! ¡Otra vez oigo la risa roja!

—¡Amigos! —prosiguió el médico, dirigiéndose a las sombras mutiladas que gemían—. ¡Amigos! Tendremos una luna roja y un sol rojo, y los animales lucirán un alegre pelaje carmesí, y desollaremos a todo el que sea demasiado blanco... demasiado blanco... ¿No habéis probado nunca la sangre? Es un poco viscosa, algo calentita, pero es roja... ¡y lleva una risa roja tan alegre...!

## FRAGMENTO VII

...Fue un acto impío e ilegal. La Cruz Roja es respetada por todo el mundo como algo sagrado, y ellos vieron que se trataba de un tren lleno de heridos indefensos, no de soldados; tendrían que habernos advertido de la mina. Pobres muchachos, soñaban con regresar a casa...

## FRAGMENTO VIII

...Alrededor de un samovar, un auténtico samovar, del que salía vapor como de una locomotora: la pantalla del quinqué se había empañado de tanta humedad. Y las tazas eran las mismas, azules por fuera y blancas por dentro, muy bonitas, un regalo de boda. Nos las dio la hermana de mi esposa—es una mujer amable y bondadosa.

—¿Es posible que estén todas enteras? —pregunté con incredulidad, removiendo el azúcar en mi vaso con una cuchara plateada y reluciente.

—Se rompió una —comentó mi esposa distraída; justo entonces sostenía abierto el grifo y el agua salía con facilidad y una gracia extraordinaria.

Me eché a reír.

—¿De qué te ríes? —inquirió mi hermano.

—De nada. Llévame una vez más al despacho. De ti también se espera que hagas algo por un héroe. Estuviste de brazos cruzados mientras yo no estaba, pero eso se acabó: te pondré en vereda —y, a modo de broma, empecé a cantar—: “Amigos, con brío avanzamos hacia el enemigo...”

Entendieron la gracia y sonrieron; únicamente mi mujer no levantó la cara, pues secaba las tazas con un paño limpio y bordado. Y en el despacho vi de nuevo el empapelado color celeste, la lámpara con pantalla verde y la mesa con su botella de agua. Estaba un poco polvorienta.

—Échame aquí un poco de agua —le pedí, alegre.

—Pero si acabas de tomar té.

—No importa, sírveme. Y tú —le dije a mi esposa—, ve con nuestro hijo a la otra habitación un momento. Por favor.

Bebí el agua con placer, a sorbos pequeños, mientras mi esposa y mi hijo permanecían en el cuarto contigo, donde no podía verlos.

—Está bien. Ahora vuelvan. Pero ¿por qué no está él acostado todavía?

—Está tan contento de que hayas regresado. Cariño, ve con tu padre.

Pero el niño se echó a llorar y se escondió detrás de los pies de su madre.

—¿Por qué llora? —pregunté desconcertado, mirando alrededor—. ¿Por qué están todos tan pálidos y callados, siguiéndome como sombras?

Mi hermano soltó una carcajada y dijo:

—No estamos callados.

Y mi hermana añadió:

—No hemos parado de hablar.

—Iré a preparar la cena —anunció mi madre con prisa, saliendo de la habitación.

—Sí, están callados —insistí de pronto, convencido—. Desde la mañana no les oigo pronunciar casi ninguna palabra; soy yo quien charla, se ríe y hace bromas. ¿No les alegra verme? ¿Por qué nadie me mira a la cara? ¿Tan cambiado estoy? Sí, lo estoy... Pero no veo espejos en ningún sitio. ¿Los han guardado todos? Denme uno.

—Ahora mismo te lo traigo —respondió mi esposa y tardó bastante en volver; el espejo lo trajo la criada. Al mirarme en él (ya me había visto antes en el tren, en la estación) confirmaba lo mismo: mi rostro era un poco más viejo, pero nada fuera de lo común. En cambio, ellos parecían esperar que gritara o me desmayara; se sintieron muy aliviados cuando pregunté con calma:

—¿Qué hay de raro en mí?

Riéndose cada vez más fuerte, mi hermana abandonó el cuarto apresurada, y mi hermano dijo con serenidad convincente:

—La verdad, no has cambiado mucho, sólo estás algo más calvo.

—Agradece que no me partieran la cabeza —bromeé sin preocupación—. Pero, ¿por qué se van? Primero uno, luego otro. Llévame a recorrer las habitaciones, por favor. ¡Qué sillón de ruedas tan cómodo, ni un crujido

hace! ¿Cuánto costó? Te apuesto a que no me tiento el bolsillo para comprarme un par de piernas... mejores. ¡Mi bicicleta!

Seguía colgada en la pared, como nueva, sólo que las llantas se habían desinflado al no usarse. Un resto de barro seco se veía en la rueda trasera — de la última vez que la monté. Mi hermano enmudeció y no movió la silla. Entonces entendí el motivo de su silencio y duda.

— Sólo cuatro oficiales sobrevivimos en nuestro regimiento — dije con acritud—. He tenido suerte... Puedes quedártela... llévatela mañana si quieres.

— Sí, la llevaré — accedió mi hermano con docilidad—. Es cierto, tuviste suerte. La mitad de la ciudad está de luto. Y esas piernas... bueno...

— No soy un cartero, ¿verdad?

Mi hermano se detuvo de pronto y preguntó:

— ¿Por qué te tiembla la cabeza así?

— No es nada. El médico dijo que se pasará.

— ¿Y las manos también?

— Sí, sí. También las manos. Todo se pasará. Avanza, por favor. Me cansa quedarme quieto.

Esa gente tan apesadumbrada me ponía nervioso, pero mi alegría volvió cuando empezaron a preparar mi cama; una cama auténtica, hermosa, la que había comprado justo antes de casarme, hacía cuatro años. Pusieron una sábana limpia, mulleron las almohadas y doblaron las mantas; mientras los observaba con ojos que se humedecían de risa.

— Y ahora desvístanme y acuésteme — le dije a mi esposa—. ¡Qué maravilla!

— Ahora mismo, cariño.

— ¡Rápido!

— Ahora mismo, mi cielo.

— ¿Pero qué haces?

— Ahora mismo, mi cielo.

Se hallaba detrás de mí, cerca del tocador, y por más que ladeé la cabeza, no logré verla. De pronto lanzó un grito, un grito de esos que sólo se oyen en la guerra:

—¿Qué significa todo esto?

Corrió hacia mí, rodeándome con sus brazos, y se derrumbó, apoyando la cabeza cerca de los muñones donde deberían estar mis piernas cortadas; retrocedió horrorizada, para volver a pegarse y besarlos, llorando:

—¿En qué te has convertido? ¡Si sólo tienes treinta años! Eras joven y guapo. ¿A qué se debe? ¡Qué crueles son los hombres! ¿Para qué, para quién sirve todo esto? Mi pobre amor, mi dulce amor...

Su grito los hizo acudir a todos — mi madre, mi hermana, el ama —, y se pusieron a llorar, musitando algo mientras se inclinaban a mis pies, gimiendo. En el umbral, pálido, terriblemente pálido y con la mandíbula temblorosa, se había plantado mi hermano, clamando con voz chillona:

—¡Me volveré loco con ustedes, me volveré loco!

Y mi madre, tirada ante la silla, sin fuerzas para llorar, no hacía más que jadear, golpeando la cabeza contra las ruedas. Allí, en cambio, estaba la cama limpia, con sus almohadas bien sacudidas y su manta doblada, la misma que compré antes de nuestra boda, hacía cuatro años...

## FRAGMENTO IX

...Estaba yo en el baño, sumergido en agua caliente, mientras mi hermano deambulaba de un lado a otro del cuartito, intranquilo, sentándose y volviéndose a levantar, agarrando el jabón y la toalla, acercándolos a sus ojos miopes y dejándolos de nuevo en su sitio. Finalmente se quedó mirando fijamente la pared, y mientras rascaba el revoque con un dedo, continuó con vehemencia:

—Piénsalo bien: no se puede enseñar a la gente la piedad, la sensatez, la lógica—enseñarles a actuar de manera consciente durante decenas o cientos de años impunemente. Y en especial, enseñarles a actuar conscientemente. Uno puede volverse implacable, perder toda sensibilidad, acostumbrarse a la sangre, a las lágrimas y al dolor—tal como hacen algunos carniceros, o ciertos médicos y oficiales—, pero ¿cómo se renuncia a la verdad una vez conocida? A mi juicio, es imposible. Desde que era niño me enseñaron a no maltratar a los animales y a mostrar compasión; todos los libros que leí decían lo mismo, y sufro con un dolor infinito por tantos como padecen en tu maldita guerra. Pero el tiempo pasa y, aunque me voy acostumbrando a esas muertes, a esos sufrimientos, a esa sangre—siento que me vuelvo más insensible en la vida diaria, que sólo respondo a estímulos potentes—, lo que nunca logro asimilar es la guerra. Mi cerebro se niega a comprender y justificar algo que en su esencia es absurdo. Millones de personas se agrupan en un mismo lugar y, con orden y método, se matan entre ellas, sufren todos por igual, todos son desdichados... ¿no es locura? —Mi hermano se volvió y me miró inquisitivamente con sus ojos miopes e ingenuos.

—La risa roja —respondí con ligereza, chapoteando en el agua.

—Te diré la verdad —prosiguió mi hermano, apoyándome la mano helada en el hombro con gesto confiado, para retirarla enseguida como asustado al notar la piel desnuda y mojada—. Te diré la verdad: me aterra la idea de volverme loco. No logro entender lo que sucede. No lo entiendo, y es espantoso. Ojalá alguien pudiera explicármelo, pero nadie puede. Tú estuviste en el frente, lo viste todo... Explícamelo.

—¡Vete al diablo! —repliqué en broma, salpicando agua.

—Ya ves, tú también —repuso él con tristeza—. Nadie es capaz de ayudarme. Es horrible. Y empiezo a confundir qué está permitido y qué no, qué tiene sentido y qué es disparatado. Si, por ejemplo, de pronto te agarrase del cuello, al principio con suavidad, como acariciándote, y luego con fuerza, estrangulándote, ¿qué sería eso?

—Hablas tonterías. Nadie hace semejantes cosas.

Mi hermano frotó sus manos frías, sonrió débilmente y prosiguió:

—Cuando tú no estabas, hubo noches que no dormí, que no podía dormir, y se me ocurrieron ideas extrañas—coger un hacha, por ejemplo, e ir matando a todos: madre, hermana, los criados, nuestro perro. Por supuesto, eran sólo fantasías; jamás lo haría.

—Menos mal —sonreí, salpicando.

—También les temo a los cuchillos, a todo lo que brilla y sea puntiagudo; me parece que, si cogiese uno, sería inevitable que se lo clavara a alguien. Al fin y al cabo, ¿por qué no iba a hundirlo en alguien si está bien afilado?

—Basta y sobra de argumentos. ¡Qué raro eres, hermano! Abre un poco el grifo del agua caliente.

Él lo abrió, dejó correr más agua caliente y continuó:

—Y además, me asustan las multitudes, la gente reunida en grandes grupos. Si por la noche oigo gritos en la calle, me entra pánico pensando que... que ha empezado alguna matanza. Cuando varias personas charlan entre sí y no alcanzo a distinguir lo que dicen, me imagino de pronto que estallarán en un furor, se lanzarán unas sobre otras y empezará a correr la sangre. Y mira —se inclinó hacia mi oído con un aire de misterio—, los periódicos van llenos de asesinatos... de asesinatos extraños. Es una tontería eso de que cada persona tenga un cerebro: la humanidad entera cuenta con una

sola inteligencia y está empezando a confundirlo todo. Tócame la frente, verás qué caliente está. Arde. A veces, en cambio, se me queda fría, como helada, y todo se me paraliza y endurece, convertido en una especie de témpano sin vida. Sé que me volveré loco; no te rías, hermano, sé que enloqueceré. Llevas más de un cuarto de hora a remojo, ya va siendo hora de que salgas.

—Un rato más. Sólo un minuto.

Era tan placentero volver a sentir el calor del baño mientras escuchaba la voz familiar sin analizar lo que decía, contemplando de nuevo objetos cotidianos, sencillos y conocidos: el grifo de metal algo verdoso, las paredes con su diseño tan habitual, todo el equipo fotográfico ordenado en los estantes. Quizá retomara la fotografía, paisajes tranquilos, retratos de mi hijo al caminar, al reír, al jugar. Eso podía hacerse sin piernas. Y también volvería a mis escritos... sobre libros inteligentes, sobre la evolución del pensamiento humano, la belleza, la paz.

—¡Jo, jo, jo! —troné, chapoteando.

—¿Qué te pasa? —inquirió mi hermano, pálido, asustado.

—Nada. Me alegra estar en casa.

Él me contempló con la misma indulgencia que a un niño o a alguien más joven, pese a ser yo tres años mayor, y quedó pensativo, como un adulto entrado en años que carga con amargas preocupaciones antiguas.

—¿A dónde huir? —murmuró, alzando los hombros—. Cada día, más o menos a la misma hora, cierran las rotativas de los periódicos y la humanidad entera sufre una conmoción. Esa simultaneidad de sentimientos, lágrimas, ideas, sufrimientos y espanto me despoja de toda estabilidad, y me siento como una astilla a merced de las olas, como una mota de polvo atrapada en un torbellino. Me arrancan a la fuerza de mi vida cotidiana, y a diario hay un instante terrible, al amanecer, cuando me veo suspendido sobre un abismo negro de locura. Tarde o temprano caeré, no tengo escapatoria. Tú, hermano, no lo sabes todo. No lees los diarios, te ocultan muchas cosas... no lo sabes todo, hermano.

Tomé sus palabras por una humorada sombría—la reacción que solemos adoptar ante quienes, perturbados por el germen de la demencia, vislumbran también la demencia de la guerra y nos advierten—. Lo interpreté como una

broma, como si, al estar metido en el agua caliente, hubiera olvidado todo lo que presencié en el frente.

—De cualquier modo, aunque me oculten información, tengo que salir ya del baño —bromeé con ligereza, y mi hermano sonrió y llamó a mi criado; entre los dos me sacaron del agua y me vistieron. Después tomé un té de aroma exquisito, en uno de mis vasos de cristal tallado, y me repetía a mí mismo que valía la pena seguir vivo, aunque fuese sin piernas. Acto seguido, me llevaron en la silla hasta el escritorio y me dispuse a trabajar.

Antes de la guerra, trabajaba en la redacción de una revista, reseñando literatura extranjera; ahora tenía a mano todo un montón de aquellos queridos y adorables libros con portadas amarillas, azules y marrones. Mi alegría era tan inmensa, mi satisfacción tan honda, que no me atrevía siquiera a empezar a leer; me limitaba a acariciar los libros, pasando la palma sobre ellos. Sentía que se dibujaba en mi rostro una sonrisa—quizá muy boba—pero no podía reprimirla al contemplar el tipógrafo, los adornos, la bella sobriedad de los dibujos. ¡Cuánta inteligencia, cuánta sensibilidad había en todo ello! ¡Cuánto esfuerzo y talento invertidos para producir esa letra, tan sencilla y elegante, tan inteligente, armónica, elocuente en la trenza de sus líneas!

—Y ahora a trabajar —dije en tono solemne, lleno de respeto por la labor.

Cogí la pluma para escribir el encabezado y, como una rana atada de una pata, mi mano comenzó a sacudirse por la hoja. La pluma se clavaba en el papel, lo arañaba, daba tirones, se escapaba sin remedio y dejaba trazos horrendos, torcidos, rotos, sin sentido alguno. Y no grité ni me moví: me enfrié y quedé inmóvil conforme iba comprendiendo la verdad terrible que se me echaba encima; mi mano danzaba sobre la hoja bien iluminada, y cada dedo temblaba con un horror tan vivo, tan loco y desesperado, como si aún se hallaran en el frente, contemplando incendios y sangre, escuchando los alaridos y gemidos de un dolor indecible. Esos dedos se habían independizado de mí, vibraban enloquecidos, estaban vivos; se habían transformado en ojos y oídos. Y yo, aterido de terror, sin fuerzas para moverme o gritar, contemplé su danza salvaje sobre la página limpia y blanca.

Todo seguía en silencio. Creían que estaba trabajando, y habían cerrado todas las puertas para no molestarme con ruido alguno; me quedé solo en la

habitación, imposibilitado de moverme, vigilando la insensata agitación de mis manos.

—No pasa nada —dije en voz alta, y en la quietud solitaria del despacho mi voz resonó hueca y desagradable, como la de un demente—. No pasa nada. Dictaré. Al fin y al cabo, Milton estaba ciego cuando escribió El paraíso recobrado. Yo puedo pensar, y eso es lo principal; en realidad, es todo.

Comencé a tramar una frase larga y brillante sobre el Milton ciego, pero las palabras se enredaban, se me escapaban como tipos sueltos de una imprenta destartada, y cuando concluí la oración había olvidado el comienzo. Intenté recordar por qué la había iniciado y para qué aquel comentario absurdo, y me fue imposible.

—El paraíso recobrado, El paraíso recobrado —repetí, sin lograr entender qué significaba.

Entonces reparé en que con frecuencia olvidaba muchas cosas, que me invadía una curiosa distracción, que confundía rostros conocidos; que, en plena charla cotidiana, perdía las palabras, y a veces, al recordarlas, no llegaba a captar su sentido. Y me representé con total claridad mi rutina diaria: un día extraño, abrupto, cercenado como mis piernas, con huecos misteriosos, largas horas de inconsciencia o apatía, sobre las que no podía evocar ningún recuerdo.

Quise llamar a mi esposa, pero no me salía su nombre—y eso no me sorprendió ni me asustó. Musité muy quedo:

—¡Esposa!

La palabra, inconexa e inusual, flotó tenuemente y se apagó sin recibir respuesta. Y todo permaneció en silencio. Temerosos de interrumpir mi trabajo con algún ruido involuntario, guardaban silencio—un silencio perfecto, propio de un estudio de sabio—cómodo, tranquilo, que invita a la meditación y a la creación. “Queridos míos, ¡cuánta ternura tienen conmigo!”, pensé con gratitud.

...Y entonces llegó la inspiración, la santa inspiración. Un sol invadió mi cerebro, y sus rayos creativos y ardientes se desparramaron sobre el mundo entero, esparciendo flores y cantos—flores y cantos. Y seguí escribiendo toda la noche, sin cansancio alguno, elevándome sin trabas sobre las alas de

aquella fuerza sagrada y poderosa. Estaba escribiendo algo grandioso— algo inmortal— flores y cantos— flores y cantos...

## PARTE II

### FRAGMENTO X

...Afortunadamente murió la semana pasada, el viernes. Digo “afortunadamente” y repito que la muerte de mi hermano fue para él una gran bendición. Lisiado, sin piernas, paralizado, con el alma herida, resultaba aterrador y lastimoso en su siniestro éxtasis de creación. Desde aquella noche, estuvo escribiendo sin pausa durante dos meses, sin apartarse jamás de su mesa, negándose a comer, llorando y protestando cada vez que lo alejábamos aunque fuera brevemente de su escritorio. Movía la pluma seca sobre el papel con asombrosa rapidez, arrojando hoja tras hoja, en un escribir interminable. El sueño lo abandonó, y sólo dos veces pudimos acostarlo unas horas gracias a un narcótico muy potente; pero, pasado un tiempo, ni siquiera un somnífero lograba vencer su demencial frenesí creativo. Por orden suya, las cortinas de todas las ventanas permanecían corridas día y noche, con la lámpara encendida, para mantener la ilusión de estar en la noche, mientras él escribía y fumaba cigarrillo tras cigarrillo. Por lo visto era feliz, y jamás he visto en persona sana un rostro con una expresión tan iluminada—el semblante de un profeta o de un gran poeta. Se consumió hasta la extrema delgadez, con la traslucidez cérea de un cadáver o de un asceta, y encaneció por completo; inició aquella insensata labor siendo un hombre relativamente joven y la concluyó anciano. A ratos se apresuraba en su tarea, escribiendo

do más de lo habitual, de modo que la pluma se le atascaba en las hojas y se rompía, aunque él no se daba cuenta; en esos momentos ni se te ocurriera tocarlo, pues al menor contacto se echaba a reír o a llorar convulsamente. Pero, en ocasiones muy raras, descansaba dichoso de su labor y conversaba conmigo con afabilidad, aunque siempre hacía las mismas preguntas: quién era yo, cómo me llamaba y desde cuándo me dedicaba a la literatura.

Entonces, con aire condescendiente, me contaba—siempre con las mismas palabras—el absurdo susto que había sentido al creer que había perdido la memoria y no podía trabajar, y lo magistralmente que desmontó semejante idea en cuanto empezó su magna obra inmortal sobre “las flores y los cantos”.

—Desde luego, no espero que mis contemporáneos me reconozcan —decía con una mezcla de orgullo y humildad, posando su mano temblorosa sobre el montón de hojas en blanco—, pero el futuro... el futuro comprenderá mi idea.

Nunca mencionaba la guerra ni a su esposa ni a su hijo; la alucinación de su obra infinita lo absorbía por completo, de manera que dudo que tuviera conciencia de algo más. Uno podía caminar y hablar a su alrededor—no percibía nada, y su rostro no perdía ni por un instante aquella expresión de tensión e inspiración terribles. En la quietud de la noche, cuando todos dormían y él seguía tejiendo incansable el hilo interminable de su locura, resultaba sobrecogedor, y sólo su madre y yo nos atrevíamos a acercarnos. Una vez le di un lápiz en vez de la pluma seca—pensando que acaso sí estuviera escribiendo en serio—, pero en el papel sólo quedaron trazos espantosos, retorcidos, rotos, sin ningún sentido. Y murió por la noche, en plena labor. Yo conocía bien a mi hermano y no me sorprendió su locura; el sueño ardiente de crear, que colmaba todas sus cartas desde la guerra y que había sido su sostén tras su regreso, estaba destinado a estrellarse contra la impotencia de su cerebro exhausto y atormentado, provocando la catástrofe. Creo haber reconstruido con suficiente exactitud las emociones que lo llevaron a su fin durante aquella noche fatal. En general, todo lo que he dejado escrito acerca de la guerra se fundamenta en las palabras de mi difunto hermano, a menudo confusas e incoherentes; sólo unos pocos episodios aislados se le habían grabado tan hondo y de forma tan imborrable, que puedo citar textualmente lo que él contó. Lo amaba, y su muerte, tan sin sentido, me oprime el cerebro como si fuera una roca. Ha añadido otra vuelta a la

madeja inescrutable que me envuelve la cabeza como una telaraña, tensándola todavía más. Toda la familia se marchó al campo, a casa de unos parientes, y me he quedado solo en la vivienda—la casa que mi hermano tanto quiso. Ya despedí a los sirvientes, y sólo viene el portero de la casa vecina cada mañana para encender la lumbre; el resto del tiempo estoy solo, y me asemejo a una mosca atrapada entre dos cristales, revoloteando y golpeándome contra un obstáculo transparente e infranqueable. Y siento, sé, que nunca abandonaré esta casa. Ahora, en mi soledad, la guerra me posee por entero y se yergue ante mí como un enigma inabarcable, cual un espectro aterrador al que no logro dar forma. Le atribuyo mil apariencias: el esqueleto sin cabeza montado a caballo, la sombra informe surgida de un nubarrón negro que envuelve la tierra en silencio, pero ninguna me contesta ni apaga el constante y glacial horror que me atenaza.

No comprendo la guerra, y estoy abocado a enloquecer, como mi hermano, como los centenares de hombres que regresan de allí trastornados. Y eso no me asusta. Perder la razón me parece algo honorable, como la muerte de un centinela cumpliendo su deber. Pero la espera, la aproximación lenta e inexorable de la locura, la sensación fulminante de que algo enorme se precipita en un abismo, el dolor insoportable de un pensamiento torturado... Mi corazón se ha congelado, está muerto y no hay nueva vida para él, pero el pensamiento sigue vivo—lucha aún, otrora tan fuerte como Sansón, y ahora tan indefenso y débil como un niño—y me invade la compasión por mi pobre mente. Hay instantes en los que no soporto más la tortura de esas tenazas de hierro que me aprietan el cerebro; siento un impulso irresistible de salir corriendo a la calle, a la plaza pública, donde hay gente, y gritar:

—¡Detengan la guerra de inmediato... o si no...!

Pero ¿o si no, qué? ¿Existen palabras con las que hacerlos entrar en razón? ¿Palabras que no puedan ser respondidas con otras, igualmente estrepitosas y falsas? ¿Tal vez deba arrodillarme ante ellos y deshacerme en lágrimas? Pero cientos de miles gimen ya haciendo retumbar la tierra, y ¿qué cambia con ello? ¿O quizás suicidarme delante de todos? ¿Matarme? Mueren miles cada día, ¿acaso eso cambia algo?

Y al sentir mi impotencia, surge en mí la furia, la misma furia de la guerra que aborrezco. Al igual que el médico, deseo incendiar sus casas junto a sus tesoros, sus esposas y sus hijos; envenenar el agua que beben; desente-

rrar a todos los muertos y arrojar los cadáveres a sus casas infames, sobre sus lechos. ¡Que duerman con ellos como si fueran sus esposas o amantes!

¡Ah, si fuera el Diablo! Transplantaría a su tierra todos los horrores que exhala el infierno. Me adueñaría de todos sus sueños y, cuando se despidieran de sus hijos con una sonrisa antes de acostarse, yo me erguiría ante ellos, negra aparición... Sí, he de volverme loco... ojalá llegue pronto... ojalá llegue ya...

## FRAGMENTO XI

...Prisioneros: un grupo de hombres temblorosos y aterrados. Al sacarlos del tren, la multitud lanzó un bramido—el bramido de un perro enorme y salvaje cuya cadena es demasiado corta y frágil. La muchedumbre rugió y enmudeció, respirando con fuerza, mientras ellos avanzaban en grupo compacto con las manos hundidas en los bolsillos, sonriendo con labios lívidos, como buscando congraciarse, y caminando con un paso que sugería la expectativa de un bastonazo tras las rodillas en cualquier momento. Pero uno de ellos marchaba a unos pasos de distancia, sereno, con el gesto serio, sin rastro de sonrisa, y cuando mis ojos se cruzaron con los suyos—negros—, percibí un odio abierto y desnudo en su mirada. Fue claro que me despreciaba, que me creía capaz de cualquier atrocidad; si yo hubiera intentado matarlo, desarmado como estaba, no habría gritado ni tratado de protegerse—me consideraba capaz de todo.

Corrí con la multitud para encontrarme con sus ojos de nuevo; apenas lo logré cuando ya estaban entrando en un edificio. Él entró el último, dejando pasar a sus compañeros delante, y volvió a mirarme. Y entonces descubrí tal dolor, tal abismo de horror y demencia en sus grandes ojos negros, que tuve la impresión de haber mirado en el interior del ser más desdichado del planeta.

—¿Quién es ese de la mirada? —le pregunté a un soldado de la escolta.

—Es un oficial... un loco. Hay muchos así.

—¿Cómo se llama?

—No suelta palabra, y sus paisanos no lo conocen. Apareció de la nada. Ya lo han salvado una vez de colgarse. Pero, bueno, ¡qué le vamos a hacer!

—El soldado hizo un ademán vago y desapareció tras la puerta.

Y ahora, al anochecer, pienso en él. Está solo en medio del enemigo — que, según él, puede hacer con él lo que quiera —, y su propia gente ignora quién es. Permanece callado y espera con paciencia el instante en que podrá irse para siempre de este mundo. No creo que esté loco, ni que sea un cobarde; fue el único que mostró dignidad en ese grupo tembloroso y aterrado, al que sin duda no consideraba “los suyos”. ¿Qué estará pensando? ¡Qué abismo de desesperación debe anidar en el alma de ese hombre que, al morir, se niega a revelar su identidad! ¿Para qué decir su nombre? Ha roto lazos con la vida y con los seres humanos, ha descubierto su auténtico valor y no ve a nadie a su alrededor — ni amigos ni enemigos, por mucho que griten con rabia y lo amenacen. Pregunté por él. Lo capturaron en la última batalla espantosa, esa en la que murieron decenas de miles de hombres, y no opuso resistencia cuando fue apresado: por alguna razón, estaba desarmado. Cuando un soldado, que no se había percatado de ello, lo hirió con la espada, él ni se levantó ni se defendió; la herida, por desgracia para él, fue leve.

Pero, tal vez sí esté realmente demente. El soldado dijo que había muchos como él...

## PARTE II

### FRAGMENTO XII

...Está empezando. Ayer por la noche, al entrar en el despacho de mi hermano, lo vi sentado en su sillón, ante la mesa llena de libros. La alucinación se desvaneció en cuanto encendí una vela, pero durante un buen rato no me atreví a sentarme en el sillón que él ocupaba. Al principio sentí pavor—las habitaciones vacías, donde uno percibe sin cesar crujidos y roces, contribuyeron a aquel temor—, pero luego incluso me pareció bien: mejor él que cualquier otro. Aun así, no abandoné el sillón en toda la velada; me parecía que, si me levantaba, él se sentaría en mi lugar al instante. Y salí del cuarto con rapidez, sin volver la cabeza.

Habría sido conveniente encender lámparas en todas las habitaciones, pero ¿valía la pena? Quizá habría sido peor contemplar algo bajo la luz—de este modo, al menos, me quedaba un margen de duda.

Hoy he entrado con una vela y no había nadie en el sillón. Sin duda, solo fue una sombra. Otra vez fui a la estación—voy allí todas las mañanas ahora—y vi un vagón entero lleno de nuestros soldados enloquecidos. No lo abrieron, sino que lo apartaron a otra vía, y tuve tiempo de ver varios rostros a través de las ventanillas. Eran espantosos, sobre todo uno. Tenía la cara terriblemente demacrada, amarillenta como un limón, con la boca ne-

gra y abierta y los ojos fijos; resultaba tan parecido a una máscara de horror que no pude apartar mi mirada de él. Y me contemplaba entero, inmóvil, avanzando junto con el vagón que se desplazaba, sin alterarse lo más mínimo, sin cambiar la dirección de su mirada ni un instante. Si apareciera en este mismo momento en la puerta oscura, dudo que pudiera soportarlo. Averigüé: eran veintidós hombres. La infección se expande. Los periódicos ocultan algo y, a mi juicio, también pasa algo en nuestra ciudad. Han surgido unos carros cerrados y negros —conté seis en un solo día en distintos barrios. Supongo que también me llevarán en uno de ellos cualquier tarde.

Mientras tanto, los periódicos claman cada día por más tropas, más sangre, y cada vez comprendo menos de qué se trata. Ayer leí un artículo lleno de sospechas, que afirmaba que había multitud de espías y traidores entre la gente, que debíamos ser cautelosos y vigilantes, y que la furia del pueblo no dejaría de cebarse en los culpables. ¿Qué culpables? ¿Culpables de qué? Al volver de la estación en tranvía, oí una conversación extraña, supongo que en alusión a ese mismo artículo.

—Habría que ahorcarlos a todos sin juicio —dijo uno, mirando con atención a cada pasajero, incluyéndome a mí—. A los traidores hay que colgarlos, sí.

—Sin piedad alguna —confirmó el otro—. ¡Ya se les ha perdonado bastante!

Salté del tranvía. La guerra hacía que todos llorasen, y aquellos también lloraban—pero ¿por qué, qué significaba aquello? Parecía que una neblina ensangrentada cubría la tierra, velándola a nuestra mirada, y comencé a pensar que el instante de la catástrofe universal estaba cerca. La risa roja que mi hermano vio. Desde allá venía la locura, de esos campos arcidos y anegados en sangre, y yo sentía su aliento helado en el aire. Soy un hombre fuerte y no padezco esas enfermedades que corrompen el cuerpo y arrastran en pos de sí la demencia; sin embargo, veo cómo la infección me atrapa y la mitad de mis pensamientos ya no son míos. Es peor que la peste y todas sus horribles secuelas. De la peste uno puede ocultarse, tomar precauciones, pero ¿cómo escapar de la idea que todo lo penetra y no reconoce distancia ni obstáculo?

De día aún logro combatirlo, pero al caer la noche me convierto—como todos—en un esclavo de mis sueños, y mis sueños son terribles y están pla-

gados de locura...

## FRAGMENTO XIII

...Enfrentamientos multitudinarios de alcance universal, insensatos y sangrientos. Cualquier mínima provocación desata la más feroz ley del garrote —navajas, piedras, troncos— sin importar contra quién se ensañen: la sangre roja exige libertad y brota con gusto, a raudales.

Eran seis, todos campesinos, y los conducían tres soldados con fusiles cargados. Con sus ropas campesinas, pintorescas y primitivas como las de un salvaje, con sus caras peculiares, como moldeadas en arcilla y pobladas de lana apelmazada en lugar de cabello, andando por las calles de una ciudad próspera, escoltados por soldados bien entrenados, parecían esclavos de la Antigüedad. Los llevaban a la guerra, y avanzaban dóciles a la punta de las bayonetas, tan inocentes y torpes como reses camino del matadero. Delante caminaba un muchacho alto, lampiño, con cuello largo de ganso y una cabecita inmóvil al extremo. Todo su cuerpo se doblaba hacia delante como una varita, y la mirada parecía calarle el suelo bajo los pies con la fijeza de quien penetra hasta las entrañas de la tierra. Cerraba la fila un hombre de baja estatura, barbudo y de mediana edad; no demostraba intención de resistirse y no había pensamiento en sus ojos, pero la tierra parecía atraerle los pies, se los sujetaba con fuerza, sin dejarlos avanzar, y el hombre avanzaba con el torso echado atrás, como si se opusiera a un vendaval. A cada paso, el soldado le propinaba un golpe con la culata del fusil; entonces, una pierna, desgarrándose de la tierra, se lanzaba convulsa hacia delante, mientras la otra seguía atrapada. Los rostros de los soldados estaban cargados de cansancio y rabia— se diría que llevaban así mucho rato—; se percibía lo hartos que estaban y la indiferencia con la que sostenían los fusiles o caminaban, sin mantener el paso, con los pies torcidos, casi como campesinos. La tozuda, larga y silenciosa resistencia de los labriegos parecía haber oscurecido

sus mentes disciplinadas, y habían perdido la noción de adónde iban ni con qué propósito.

—¿Adónde los llevan? —pregunté a uno de los soldados. Se sobresaltó, me echó un vistazo, y en el fulgor amenazador de sus ojos sentí la bayoneta tan nítida como si ya me apuntara al pecho.

—¡Lárguese! —dijo el soldado—. ¡Lárguese o...!

El hombre de mediana edad aprovechó la oportunidad para echar a correr; avanzó al trote hasta la verja de hierro del bulevar y se sentó en cuclillas, como si se escondiera. Ningún animal hubiera hecho algo tan disparatado, tan absurdo. Pero el soldado se encolerizó. Lo vi acercarse a él, inclinarse y, aferrando el fusil con la mano izquierda, golpear algo blando y plano con la diestra. Y otra vez. La gente se acercaba. Oí risas y gritos...

## FRAGMENTO XIV

...En la undécima fila de butacas. Tenía un par de brazos pegados a los míos, a derecha e izquierda, y más lejos, en la penumbra, asomaban cabezas inmóviles que se pintaban de rojo con la iluminación del escenario. Y, poco a poco, esa multitud apiñada en tan reducido espacio me producía espanto. Todos guardaban silencio, escuchando el parlamento de los actores o tal vez sumidos en sus propios pensamientos, pero, al ser tantos, su mutismo sonaba más fuerte que las voces sobre las tablas. Tosían, se sonaban, movían pies y ropas, y yo oía con toda claridad su respiración honda y desigual, que recalentaba el aire. Me resultaban pavorosos porque cada uno de ellos podía convertirse en cadáver y todos albergaban cerebros demente; tras la serenidad de aquellas cabezas bien peinadas, ceñidas por cuellos tiesos y blancos, percibía un huracán de locura presto a desatarse en cualquier instante.

Se me helaron las manos al imaginar cuántos eran y cuán aterradores, y lo mucho que me separaba de la salida. Estaban tranquilos, pero ¿qué pasaría si yo gritara “¡Fuego!”...? Y, sobrecogido, sentí un ansia dolorosamente intensa, que me produce escalofríos aun ahora: ¿quién me lo impediría? ¿Quién me impediría ponerme en pie, volverme y clamar: “¡Fuego, sálvense, hay fuego!”?

Una ola convulsiva de demencia sacudiría sus cuerpos inmóviles. Saltarían al unísono, entre aullidos y gruñidos de animal; olvidarían a sus esposas, hermanas, madres, y se arrojarían, como ciegos de repente, unos contra otros, estrangulándose con manos blancas perfumadas. Encenderían las luces y alguien subiría al escenario con el rostro lívido, gritando que todo seguía en orden y no había incendio, y la orquesta, temblorosa y vacilante, arrancararía con un aire de alegría frenética—pero nadie la oiría: ellos estarían estrangulándose, pisoteándose, golpeando la cabeza de las mujeres,

destrozándoles sus ingeniosos peinados. Se arrancarían las orejas entre sí, se morderían las narices, desgarrarían sus vestiduras sin atisbo de pudor, pues habrían enloquecido. Sus bellas y delicadas damas, adorables y sensibles, chillarían y forcejearían a sus pies, agarradas a sus rodillas con la vana confianza en su caballería—mientras ellos les propinarían puñetazos en sus rostros hermosos alzados, intentando abrirse paso a la salida. Porque el ser humano es siempre asesino, y su templanza y generosidad no son más que la paz del animal bien alimentado, convencido de que no corre peligro.

Y cuando, tras convertir en cadáveres a la mitad, se apiñaran a las puertas como una turba temblorosa y harapienta de bestias avergonzadas, con una sonrisa fingida en los labios, yo saldría al escenario a reírme, diciendo:

—Todo ha ocurrido porque mataron a mi hermano. Sí, lo diría entre risas: “Ha sucedido por haber matado ustedes a mi hermano”.

Debo de haber susurrado algo en voz alta, pues el vecino de mi lado derecho se agitó, molesto, y dijo:

—¡Chist! Está usted molestando.

Yo sentía una alegría macabra y ansiaba gastar una broma. Adoptando una mueca de gravedad, me incliné hacia él.

—¿Qué pasa? —inquirió receloso—. ¿Por qué me mira así?

—Silencio, se lo ruego —murmuré, moviendo apenas los labios—. ¿No percibe olor a quemado? Hay fuego en el teatro.

Tuvo el temple suficiente de no soltar un grito. Se puso pálido, los ojos le salieron de órbita, enormes, inflados como vejigas, pero no gritó. Se alzó con cautela, sin agradecerme nada, y se encaminó hacia la salida con pasos inseguros, reprimiendo el impulso de correr. Temía que los otros descubrieran que había un incendio y le impidieran huir—él, el único digno de salvarse.

Sentí repugnancia y también salí del teatro; además, no me apetecía revelar mi identidad tan pronto. Ya en la calle, dirigí la vista hacia el cielo, en la zona donde se estaba librando la guerra: todo estaba en calma; las nubes nocturnas, amarillentas por las luces de la ciudad, avanzaban con lentitud y sosiego.

—¿Será todo un sueño y tal vez no haya guerra? —me pregunté, engañado por el silencio del firmamento y de la urbe.

Pero un muchacho se me acercó corriendo desde una esquina, voceando:

—¡Batalla terrible! ¡Pérdidas gigantescas! ¡Compren el parte de telegramas— telegramas de la noche!

Leí la noticia bajo la luz de una farola. Cuatro mil muertos. En el teatro, a lo sumo, habría mil. Y, de camino a casa, no dejé de repetir: “Cuatro mil muertos”.

Ahora me asusta volver a mi casa vacía. Cuando meto la llave en la cerradura y contemplo la puerta cerrada y muda, siento que tras ella se extienden las habitaciones oscuras y deshabitadas, por donde quizá pase en cualquier momento un hombre con sombrero, mirando de soslayo. Me conozco el camino, pero subo encendiendo cerilla tras cerilla hasta encontrar una vela. Jamás entro en el despacho de mi hermano; está cerrado con todo lo que contiene. Duermo en el comedor, adonde me he trasladado por completo; allí me siento más tranquilo porque el aire conserva todavía vestigios de conversaciones y risas, del alegre trajín de la vajilla. A veces oigo con nitidez el raspar de una pluma seca... y cuando me recuesto...

## FRAGMENTO XV

...Aquel sueño absurdo y espantoso. Parecía como si hubiesen retirado mi cráneo y, al quedar al descubierto y sin protección, mi cerebro aceptara dócil y vorazmente todos los horrores de esos días sangrientos e insensatos. Yo yacía acurrucado, ocupando apenas un metro y medio de espacio, mientras mi pensamiento abarcaba el mundo entero. Veía con los ojos de toda la humanidad y escuchaba con sus oídos; moría con los muertos, sufría y lloraba con todos los heridos y abandonados, y, cuando la sangre fluía del cuerpo de alguien, yo sentía el dolor de la herida y padecía. Incluso cuanto no había ocurrido y se hallaba lejos, lo veía con la misma nitidez que si hubiera sucedido cerca, y los tormentos de mi cerebro expuesto carecían de fin.

Aquellos niños, esos inocentes niños. Los veía en la calle, jugando a la guerra y corriendo unos tras otros, y uno de ellos ya lloriqueaba con voz infantil aguda, y algo en mi interior se encogía de horror y repulsión. Luego volvía a casa; llegaba la noche—y en mis sueños inflamados, parecidos a incendios nocturnos, esos niños inocentes se convertían en una pandilla de infanticidas.

Algo ardía de forma amenazadora en un amplio resplandor rojo, y en medio del humo pululaban niños monstruosos y deforme, con cabezas de asesinos adultos. Saltaban con ligereza, como chivos retozones, pero respiraban con dificultad, como enfermos. Sus bocas, semejantes a las fauces de sapos o ranas, se abrían desmesuradamente y con espasmos; a través de la piel translúcida de sus cuerpos desnudos circulaba con furia la sangre roja—y se mataban jugando entre ellos. Eran lo más terrible que había visto, pues eran pequeños y podían penetrar en cualquier parte.

Miré por la ventana y uno de los niños me vio, sonrió y con la mirada me pidió que lo dejara entrar.

—Quiero ir contigo —dijo.

—Quieres matarme.

—Quiero ir contigo —repitió, palideciendo de golpe, y empezó a trepar por la pared blanca como una rata—exactamente como una rata hambrienta. Resbalaba, chillaba y se deslizaba por la pared a tal velocidad que mis ojos no alcanzaban a seguir sus súbitos y frenéticos movimientos.

—Puede meterse por debajo de la puerta —pensé con espanto, y como si hubiese adivinado mi idea, se hizo largo y delgado y, agitando la punta de su cola con rapidez, se coló por la rendija oscura bajo la puerta. Pero tuve tiempo de esconderme bajo la manta y oí cómo él iba recorriendo las habitaciones oscuras en mi busca, avanzando con sus piececitos descalzos con cautela. Se aproximaba a mi cuarto muy despacio, deteniéndose de cuando en cuando, y por fin entró; sin embargo, durante un buen rato no escuché ruido alguno—ni roce ni movimiento—, como si no hubiese nadie junto a mi cama. Y entonces, una manita comenzó a levantar la orilla de la colcha, y sentí el aire frío de la habitación en mi cara y en mi pecho. Sostuve la manta con firmeza, pero esta se alzaba por todos lados; de pronto, sentí tal frío en los pies que parecía haberlos sumergido en agua. Ahora yacían al descubierto en la oscuridad gélida del cuarto, y él los contemplaba.

En el patio, tras la casa, un perro ladró y luego guardó silencio, y escuché cómo la cadena se arrastraba mientras se metía en su caseta. Pero él seguía mirando mis pies desnudos y callaba; sabía que estaba ahí por el horror inaguantable que me invadía, inmovilizándome con la rigidez de la muerte, como si fuera de piedra. Si hubiese podido gritar, habría despertado a toda la ciudad, a todo el mundo, pero mi voz se había extinguido en mi interior. Yacía sumiso y quieto, sintiendo cómo unas manecitas frías recorrían mi cuerpo y se aproximaban a mi garganta.

—¡No puedo! —gemí, jadeando, y en un instante desperté; vi la oscuridad atenta de la noche, misteriosa y palpitante, y creo que volví a dormirme...

—No temas —dijo mi hermano, sentándose en mi cama, que crujió, tan pesado como si estuviera muerto—. No temas, ves que es un sueño. Sólo

imaginas que te estrangulan, mientras en realidad estás dormido en unas habitaciones a oscuras, sin un alma, y yo estoy en mi despacho escribiendo. Nadie entendió lo que yo escribía, se burlaron de mí, tomándome por loco; pero ahora te diré la verdad. Escribo sobre la risa roja. ¿La ves?

Algo enorme, rojo y sangriento se alzaba ante mí, riendo con una mueca desdentada.

— Esa es la risa roja. Cuando la tierra enloquece, empieza a reír así. ¿Sabes? La tierra se ha vuelto loca. Ya no tiene flores ni cantos; se ha quedado redonda, lisa y roja como un cráneo desollado. ¿La ves?

— Sí, la veo. Se está riendo.

— Observa su cerebro. Es rojo, como papilla ensangrentada, y está turbio.

— Está gritando.

— Sufre. No tiene flores ni cantos. Y ahora... déjame recostarme sobre ti.

— Eres pesado y me da miedo.

— Nosotros, los muertos, nos tendemos sobre los vivos. ¿Sientes calor?

— Sí.

— ¿Estás a gusto?

— Me muero.

— Despierta y grita. Despierta y grita. Me voy...

## FRAGMENTO XVI

...Hoy es el octavo día de batalla. Comenzó el viernes pasado, y ya han pasado sábado, domingo, lunes, martes, miércoles y jueves—y este viernes también ha llegado y se ha marchado—y la batalla sigue su curso. Ambos ejércitos, cientos de miles de hombres, permanecen frente a frente, inmóviles, lanzándose incesantemente proyectiles explosivos y atronadores, y a cada momento hombres vivos se convierten en cadáveres. El estruendo y la vibración incesante del aire han hecho temblar el cielo mismo, que se ha cubierto de negras nubes de tormenta—pero ellos siguen ahí, sin ceder, matándose unos a otros. Si un hombre pasa tres noches sin dormir, cae enfermo y pierde la memoria; ellos llevan una semana en vela, todos enloquecidos, por eso no sienten dolor, no retroceden, continúan combatiendo hasta acabar con todos. Dicen que algunos destacamentos se quedaron sin munición, pero aun así siguieron luchando a puñetazos y pedradas, mordiéndose como perros. Si quedaran sobrevivientes de esos regimientos para volver a casa, tendrían colmillos de lobo—pero no regresarán; han enloquecido y mueren hasta el último. Están locos. Su mente anda tan confundida que ya no distinguen nada. Si alguien los girara de pronto en sentido contrario, dispararían contra su propio bando creyendo que están disparando al enemigo.

Circulan rumores—rumores extraños, que se susurran, y quienes los repiten palidecen de espanto y de funestas premoniciones. Hermano, hermano, escucha lo que se dice de la risa roja. Cuentan que han aparecido regimientos fantasmales, grandes grupos de sombras, exactas copias de hombres vivos. De noche, cuando los soldados se duermen un instante, o incluso a plena luz, en medio del combate, cuando el propio día parece irreal, de pronto irrumpen disparando cañones fantasmales, llenando el aire de estrépitos fantasmales; y los hombres, vivos pero enloquecidos, aturdidos por el súbi-

to ataque, pelean hasta la muerte contra el enemigo espectral, enloquecen de terror, encanecen en un abrir y cerrar de ojos y mueren. Los fantasmas se desvanecen tan rápido como aparecieron, y todo recobra la quietud, mientras el suelo queda sembrado de nuevos cadáveres despedazados. ¿Quién los mató? Tú lo sabes, hermano, quién los mató. Cuando hay un intervalo entre dos batallas y el enemigo permanece lejos, de pronto, en la oscuridad de la noche, suena un tiro solitario, espantado. Y todos se levantan y disparan a la negrura muda, sin cesar durante horas. ¿A quién ven allí? ¿Qué silueta callada, terrorífica y enloquecida se les aparece? Tú lo sabes, hermano, y yo lo sé, pero los hombres aún no lo saben; sólo lo presienten y preguntan, lívidos: “¿Por qué hay tantos locos? Antes no había tantos”.

“Antes no había tantos locos”, repiten con la cara desencajada, intentando convencerse de que todo sigue como antes y de que la violencia universal que se ejerce contra los cerebros humanos no tendría repercusión en sus frágiles entendimientos.

—¿No es verdad que antes los hombres guerreaban igual y nada de esto sucedía? La lucha es ley natural —afirman con aplomo y serenidad, si bien palidecen mientras buscan con la mirada a un médico y exclaman con apremio—: ¡Agua! ¡Un vaso de agua, rápido!

Preferirían volverse imbéciles antes que percibir su razón desfalleciendo, cediendo en esta lucha sin esperanza contra la locura.

En esos días en que los hombres se convertían en cadáveres sin parar, yo no hallaba paz e iba en busca de gente; y oí muchas conversaciones y vi muchos semblantes de falsa alegría, alegando que la guerra estaba lejos y no les concernía. Pero con más frecuencia me topé con un pavor desnudo, lágrimas irremediables y gritos frenéticos de desesperación, cuando la Gran Razón se alzaba en el ser humano con su último ruego, su última maldición, liberando toda su potencia:

—¿Cuándo acabará esta carnicería insensata?

En casa de unos conocidos a los que no veía desde hacía mucho—quizás años—me encontré de pronto con un oficial enloquecido que habían licenciado por invalidez de la guerra. Habíamos sido compañeros de escuela, pero no lo reconocí: si hubiese pasado un año en la tumba, habría regresado con mayor parecido al que tenía entonces. Su pelo estaba blanco y su cara

totalmente pálida, con rasgos apenas alterados—pero guardaba un silencio perpetuo, como si escuchase algo, y aquello daba a su rostro una expresión de extrema lejanía, de indiferencia hacia cuanto lo rodeaba, hasta el punto de que daba miedo dirigirle la palabra. Su familia contó que perdió la razón en estas circunstancias: ellos iban en la reserva, mientras al regimiento vecino se le ordenó cargar a la bayoneta. Los hombres avanzaron gritando “¡Hurra!” con tal estruendo que casi ensordecía el fragor de la artillería—y de pronto cesaron los cañones y enmudeció el “Hurra”, y reinó un silencio funerario: habían alcanzado al enemigo y se le lanzaban a la bayoneta. Su juicio se quebró ante ese silencio.

Ahora se calma si la gente a su alrededor hace ruido, charla o vocifera, él escucha y aguarda; pero si por un instante surge quietud, se agarra la cabeza, se lanza contra la pared o los muebles y sufre un ataque similar a la epilepsia. Tiene muchos parientes, que se turnan para rodearlo de sonidos, pero por la noche... las noches son largas y solitarias. Fue su padre, un anciano de cabellos grises, con la mente también algo debilitada, quien encontró una solución: colgó en el cuarto de su hijo varios relojes de sonería estrepitosa, que marcan las horas sin coordinación, y ahora está instalando una rueda que produzca un traqueteo incesante. Ninguno pierde la esperanza de que se recupere, pues sólo tiene veintisiete años y la casa conserva cierto aire jovial. Lo visten con esmero—sin uniforme—, cuidan de su apariencia y, en verdad, tiene cierto atractivo con su pelo blanco, su rostro joven y pensativo y esos movimientos lentos, educados, agotados.

Cuando supe todo aquello, me acerqué y besé su mano—una mano pálida, lánguida, que ya no se alzaría jamás para un golpe—, y a nadie pareció sorprenderle demasiado. Sólo su hermana menor me sonrió con la mirada; luego me brindó tantos desvelos que, por momentos, me sentí casi su prometido, amado por encima de todo. Con sus atenciones, logró que nos quedáramos a solas.

—Estás muy pálido y tienes ojeras marcadas —dijo, bondadosa—. ¿Estás enfermo? ¿Te apena la muerte de tu hermano?

—Me aflijo por todos. Y no me siento bien.

—Sé por qué besaste la mano de mi hermano. Ellos no lo entendieron. Es porque está loco, ¿verdad?

—Sí, porque está loco.

Se quedó pensativa y se le notaba un parecido notable con su hermano, aunque más joven.

—¿Y tú...? —comenzó, pero se detuvo, ruborizándose; sin embargo, no apartó los ojos—. ¿Me dejarías besarte la mano a ti?

Me puse de rodillas ante ella y dije:

—Bendíceme.

Se puso algo lívida, retrocedió y musitó con los labios:

—No creo.

—Ni yo tampoco.

Por un segundo, posó su mano en mi cabeza, y aquel segundo se desvaneció.

—¿Sabes? —dijo—. Yo también iré a la guerra.

—Vete. Pero no lo resistirás.

—No lo sé. Ellos necesitan ayuda, igual que tú o mi hermano. No es culpa suya. ¿Me recordarás?

—Sí. ¿Y tú?

—Te recordaré también. ¡Adiós!

—¡Adiós para siempre!

Y me invadió la calma y cierta dicha, como si hubiese atravesado lo más horroroso que encierra la muerte y la locura. Ayer, por primera vez, entré en mi casa sin miedo, abrí el despacho de mi hermano y me senté largo rato en su mesa. Y cuando, en mitad de la noche, desperté de pronto como si alguien me empujara y oí el arañar de la pluma seca contra el papel, no me asusté, sino que pensé sonriendo:

—Sigue escribiendo, hermano, sigue... Tu pluma no está seca, la empapa sangre viva de los hombres. Aunque tus hojas parezcan vacías, en su siniestra desnudez dicen más sobre la guerra y la razón que todo lo que escriben los más sabios. Sigue escribiendo, hermano, sigue...

...Pero esta mañana leí que la batalla prosigue, y de nuevo me acechó un terror frío y la idea de algo que me aplasta el cerebro. Se acerca, está aquí; se halla ya en el umbral de estas habitaciones luminosas y vacías. Recuérdame, recuérdame, querida muchacha; me estoy volviendo loco. ¡Treinta mil muertos, treinta mil muertos!...

## **FRAGMENTO XVII**

...En la ciudad se está librando una lucha. Circulan rumores oscuros y terribles...

## FRAGMENTO XVIII

Esta mañana, hojeando la interminable lista de caídos en el periódico, me topé con un nombre conocido: el prometido de mi hermana, un oficial llamado a filas al mismo tiempo que mi difunto hermano, ha muerto. Y, una hora después, el cartero me entregó una carta dirigida a mi hermano; reconocí en el sobre la letra del fallecido: un muerto escribiendo a otro muerto. Pero aun así, mejor así que un muerto escribiendo a un vivo. Me señalaron el caso de una madre que recibió cartas de su hijo durante un mes entero después de haber leído en el diario la noticia de su espantoso deceso: un obús lo había hecho pedazos. El muchacho era muy cariñoso, y en cada carta rebosaba ternura, palabras de ánimo y su ingenuo anhelo juvenil de una vida feliz. Él ya no existía, pero seguía describiendo la vida con pasmosa exactitud a diario, de modo que la madre terminó por no creer en su muerte; y cuando pasó un día sin que llegara ninguna misiva, luego otro, y otro más, hasta que reinó el silencio sin fin de la muerte, tomó un viejo y grande revólver de su hijo, lo empuñó con ambas manos y se pegó un tiro en el pecho. Creo que sobrevivió, pero no estoy seguro; nunca me enteré con certeza.

Contemplé el sobre largo rato, y pensé:

Él lo tuvo entre sus manos, lo compró en algún sitio, pagó por él, o bien envió a su criado a buscarlo a alguna tienda; lo cerró y tal vez lo echó él mismo al buzón. Después se puso en marcha la compleja maquinaria llamada “Correos”: el sobre avanzó atravesando bosques, campos y ciudades, pasando de mano en mano, aunque encaminándose de modo infalible a su destino. Aquella última mañana él se calzó las botas mientras la carta seguía su camino; lo mataron, pero la carta siguió deslizándose; arrojaron su cuerpo a un foso, lo cubrieron con otros cadáveres y tierra, mientras el sobre, fantas-

ma viviente dentro de una funda gris con sellos, proseguía su avance por bosques, campos y ciudades. Y ahora la tenía yo en mis manos.

Este es su contenido. Está escrito a lápiz, en papelitos sueltos, y no está completo: algo interrumpió su redacción.

“...Solo ahora comprendo la gran alegría de la guerra, ese regocijo primitivo y ancestral de matar a un hombre, a un hombre astuto, calculador, hábil, infinitamente más interesante que la más voraz de las bestias. Quitar vidas sin cesar es como jugar al tenis con planetas y estrellas. Pobre amigo, ¡qué lástima que no estés aquí con nosotros, malgastando tu tiempo en la rutina sin brío de cada día! En esta atmósfera de muerte habrías encontrado todo aquello con lo que tu noble y alborotado corazón soñaba. Un banquete sangriento... ¡qué exacta resulta esa comparación, tan manida! Vamos sumergidos hasta las rodillas en sangre, y este ‘vino rojo’, como en broma lo llaman mis alegres hombres, nos hace perder la cabeza. Beber la sangre del enemigo no era una costumbre tan descabellada como solemos pensar; sabían lo que hacían.

“...Las cornejas graznan. ¿Lo oyes? ¿Oyes cómo graznan? ¿De dónde han salido tantas? El cielo está negro de su multitud; se posan cerca de nosotros, sin temor alguno, y nos siguen a todas partes; siempre estamos bajo ellas, como bajo una sombrilla de encaje negro o un árbol movedizo de hojas oscuras. Una de ellas se me acercó bastante, como para picotearme la cara: pensó, supongo, que yo estaba muerto. Graznan y graznan sin pausa, y eso me inquieta un poco. ¿De dónde habrán aparecido tantas?

“...Ayer los apuñalamos a todos mientras dormían. Nos acercamos con sigilo, rozando apenas el suelo con los pies, como si acecháramos patos salvajes. Tan diestros y cautos fuimos, que no tropezamos ni con un solo cadáver, ni espantamos a una sola corneja. Nos escabullimos como sombras, amparados en la noche. Yo mismo reduje al centinela: lo derribé y lo estrangulé con mis manos para impedir que gritara. ¿Entiendes? Al menor sonido, todo se habría perdido. Pero no gritó; ni tiempo tuvo de sospechar que lo mataban, imagino.

“Dormían todos alrededor de las brasas de la hoguera, plácidos, como si estuvieran en sus camas, en casa. Estuvimos un buen rato hachando a diestra y siniestra; tan solo unos pocos alcanzaron a despertar antes de recibir la estocada mortal. Gritaron, y claro, suplicaron misericordia. También usaron

los dientes. Uno me arrancó con un mordisco un dedo de la mano izquierda, con que descuidadamente le sostenía la cabeza. Él me arrancó el dedo, pero yo le arranqué la cabeza: ¿qué opinas, estamos en paz? No comprendo cómo es que no se despertaron todos. Era un crujir de huesos y un tajar de cuerpos ensordecedor. Luego los desnudamos por completo y nos repartimos su ropa. Amigo mío, no te indignes por la broma. Con tu susceptibilidad vas a decir que roza la rapiña, pero piensa que nosotros casi vamos desnudos; tenemos la ropa hecha jirones. Yo llevo usando la chaqueta de mujer desde hace tiempo y más bien parezco un... en vez de un oficial de un ejército victorioso. Por cierto, tú estás casado, ¿no? Y no es lo más adecuado que leas estas cosas... Pero... ¿entiendes? Mujeres. ¡Maldita sea, soy joven y tengo sed de amor! Un momento: ¿No eras tú el que estaba prometido? ¿Tú me mostraste una foto de una chica y dijiste que era tu novia? Había algo triste, muy triste y mustio al respecto. ¿Y llorabas? Fue hace mucho, apenas lo recuerdo; en la guerra no hay tiempo para delicadezas. Y llorabas. ¿De qué llorabas? ¿Qué había escrito que sonara tan dolorido y triste, como una flor mustia? Y llorabas, llorabas sin parar... ¿No te daba vergüenza, siendo oficial, llorar?

“...Graznan las cornejas, ¿oyes, amigo mío, cómo graznan? ¿Qué quieren?”

Las últimas líneas escritas a lápiz estaban borradas, y resultaba imposible descifrar la firma. Y, cosa extraña, no sentí compasión por aquel muerto, cuya cara evocaba muy bien: todo en él era suave y delicado, casi femenino; sus mejillas sonrosadas, la mirada clara y fresca como la de la mañana, su barba espesa y suave, casi digna de que una mujer la luciera como adorno. Le gustaban los libros, las flores, la música; detestaba todo lo tosco, y escribía poesía—mi hermano, como crítico, sostenía que componía versos muy notables. Pero no podía asociar nada de cuanto conocía y recordaba de él con aquel graznido de cornejas, con la carnicería sangrienta y con la muerte.

...Las cornejas graznan...

Y entonces, por un breve, feliz e inexpresable instante, vi con absoluta claridad que todo era mentira, que no había guerra en absoluto. No había muertos ni cadáveres, no existía la angustia del pensamiento tambaleante e indefenso. Yo dormía boca arriba y tenía aquella pesadilla, como en la in-

fancia: las habitaciones calladas, atormentadas por la muerte y el terror, y yo con esa carta espeluznante entre las manos. Mi hermano vivía y todos estaban sentados a la mesa del té, con el tintineo de la vajilla a sus espaldas.

...Pero las cornejas graznan...

No, es la verdad. Pobre tierra, es la verdad. Graznan las cornejas. No es la invención de un escritor ocioso, deseoso de un efecto fácil, ni el producto de una mente demente. Graznan las cornejas. ¿Dónde está mi hermano? Él, tan generoso y apacible, que no odiaba a nadie. ¿Dónde está? Se los pregunto a ustedes, malditos asesinos; se los pregunto a ustedes, asesinos despreciables, cornejas posadas sobre carroña, bestias estúpidas, ante el mundo entero. Porque son animales. ¿Por qué mataron a mi hermano? Si tuvieran un rostro, se los abofetearía, pero carecen de él; sólo tienen un hocico de bestia salvaje. Fingen ser hombres, pero adivino sus garras bajo los guantes y la calavera plana de un animal bajo el sombrero; bajo sus razonamientos sutiles, percibo el traqueteo loco de cadenas oxidadas. Y con toda la fuerza de mi dolor, de mi desconsuelo y de esta razón ultrajada, ¡los maldigo, miserables y estúpidos animales!

## FRAGMENTO FINAL

“...¡Esperamos de ustedes la regeneración de la vida humana!”

Así clamaba un orador que se sujetaba con dificultad a una pequeña columna, braceando en busca de equilibrio y enarbolando una bandera que lucía una gran consigna, a medias oculta entre sus pliegues: “¡Abajo la guerra!”

— ¡Ustedes, los jóvenes, ustedes, cuya vida apenas comienza, sálvense a sí mismos y a las generaciones futuras de este espanto, de esta locura! Es insoportable, tenemos los ojos anegados en sangre. El cielo se nos desploma, la tierra cede bajo nuestros pies. Gente de bien...

La muchedumbre zumbaba de un modo enigmático y la voz del orador se perdía a ratos en aquel rugido vivo y amenazante.

— ...Supongan que estoy loco, pero digo la verdad. Mi padre y mi hermano se pudren allá lejos como carroña. Hagan hogueras, excaven fosas y destruyan, entierren todas las armas. Derriben los cuarteles y desnuden a todos los hombres de sus relucientes ropajes de locura, arránquenselos. No se soporta más... La gente muere...

Un individuo muy fornido le propinó un golpe y lo arrojó de la columna; la bandera se alzó una vez más y cayó. No alcancé a ver el rostro de quien lo golpeó, pues al instante todo se volvió pesadilla. Todo se agitó, se encabritó y bramó; volaron piedras y troncos, se alzaron puños sobre las cabezas golpeando a alguien. La multitud, como una ola viva y furiosa, me levantó, me arrastró varios pasos y me estampó con violencia contra una valla, para luego llevarme de nuevo a otro lado, y al fin me apretó contra una alta pila de madera que se inclinaba hacia delante, amenazando con desplomarse sobre alguien. Algo crujió y golpeó contra las vigas en una sucesión rápida y

seca; hubo un instante de silencio—y de nuevo irrumpió un clamor que se abría enorme, rabioso y pavoroso en su fuerza abrumadora. Luego volvieron a escucharse aquellos chasquidos secos y apresurados, y alguien cayó cerca de mí con un agujero rojo en lugar de ojo, del que manaba sangre. Un grueso madero giró por los aires y me golpeó en la cara, caí al suelo y empecé a arrastrarme—sin saber adónde—entre pisotones, hasta llegar a un espacio abierto. Trepé vallas, rompiéndome todas las uñas, subí sobre pilas de madera; una de ellas se deshizo bajo mis pies y caí en cascada con los troncos que retumbaban. Por fin logré con gran esfuerzo salir de aquel recinto—y todo detrás de mí se alzaba con estrépito, rugía, aullaba y crujía, como si pretendiera alcanzarme. Una campana repicaba a lo lejos; algo se desplomó con un estruendo, como si cayera un edificio de cinco pisos. El crepúsculo parecía haberse detenido, frenando a la noche, y el fragor de los disparos, teñido de un rojo agresivo, ahuyentaba las tinieblas. Al saltar la última valla, me vi en una callejuela angosta y torcida, parecida a un pasillo entre dos muros oscuros, y me eché a correr. Corrí un buen rato, pero aquel callejón no tenía salida; terminaba en una pared tras la cual se veían montones de maderas y andamios, dibujados en negro contra el cielo. Y de nuevo trepé por aquellas pilas movedizas, cayendo en fosos donde todo estaba en silencio y olía a madera húmeda, saliendo una y otra vez al aire libre, sin atreverme a mirar atrás, pues sabía bien lo que ocurría al contemplar el tenue matiz rojizo que bañaba las vigas negras y las hacía parecer gigantes asesinados. Mi rostro, desfigurado y ensangrentado, dejó de sangrar y se sentía entumecido y extraño, como si fuera una máscara de yeso; el dolor casi había desaparecido. Creo que en uno de esos oscuros huecos perdí el conocimiento, aunque no estoy seguro de si fue realidad o simple alucinación, pues solo recuerdo haber seguido corriendo.

Anduve deambulando por calles desconocidas—sin alumbrado—, pasando ante fachadas lúgubres como casas muertas, sin encontrar salida de aquel mudo laberinto. Habría debido detenerme a observar en qué dirección ir, pero era imposible: el rumor distante, aquel rugir y bramar, me pisaba los talones y poco a poco me alcanzaba; a veces, al doblar de improviso una esquina, me topaba de frente con él, envuelto en un humo lívido y arremolinado, teñido de rojo, y entonces retrocedía para seguir corriendo hasta que volvía a sentirlo tras de mí. En cierto cruce, vi un resquicio de luz, pero al acercarme se extinguió: era una tienda que cerraban con premura. Alcancé a ver el mostrador y un barril a través de una rendija, pero en un instante todo

se sumió en un silencio agazapado y opresivo. Cerca de allí me topé con un hombre que venía en dirección contraria, casi chocamos en la penumbra y nos quedamos inmóviles a un par de pasos el uno del otro. No sé quién era: solo distinguí su silueta alerta.

—¿Vienes de allá? —preguntó.

—Sí.

—¿Y adónde vas corriendo?

—A casa.

—¿Ah, a casa?

Calló un instante y de pronto se abalanzó sobre mí, intentando derribarme, hurgando con sus dedos fríos en mi garganta, pero se enredó en mi ropa. Le mordí la mano, logré soltarme y eché a correr por aquellas calles desiertas. Lo sentí detrás, sus botas retumbaban por un buen trecho. Luego se detuvo—supongo que el mordisco le dolía.

Ignoro cómo conseguí llegar a mi calle. Tampoco tenía luces, ni una sola ventana iluminada; parecía muerta. Habría pasado de largo sin reconocerla de no haber alzado la vista y visto mi casa. Sin embargo, dudé un rato: la vivienda donde había pasado tantos años me parecía extraña en aquella calle desolada, donde mi respiración resonaba con un eco insólito y lastimero. Me asaltó un horror súbito al pensar que tal vez había perdido la llave al caer, y tardé en hallarla, aunque todo el tiempo estuvo en el bolsillo de mi abrigo. Al girar la cerradura, el eco retumbó con tal fuerza y rareza que me pareció que todas las puertas de aquellas casas muertas se abrían a la vez en la calle entera.

...Al principio me escondí en el sótano, pero allí reinaba un ambiente opresivo y mi vista se llenó de sombras fugaces, de modo que acabé subiendo con sigilo a las habitaciones. Tanteando en la oscuridad, cerré con llave todas las puertas y, tras pensarlo un momento, quise atrincherarlas con muebles, pero el estrépito que causaban en las estancias vacías me sobrecogió. “Esperaré la muerte así. Da igual”, me dije. Encontré agua—bastante caliente—en la jarra y me lavé la cara en la penumbra, secándomela con una sábana. Las heridas me ardían y escocían, y sentí el impulso de mirarme en un espejo. Encendí una cerilla... y, en el tenue y titilante reflejo, me asaltó

desde la oscuridad algo tan horrible que arrojé el fósforo al suelo. Creo que tenía la nariz rota. “No importa”, pensé.

—A nadie le importará.

Y sentí un extraño regocijo. Retorciéndome con ademanes y contorsiones ridículas, como un ladrón de caricatura, me encaminé a la despensa en busca de algo de comer. Me daba cuenta de lo fuera de lugar que resultaban aquellos gestos, pero me complacía. Y comí adoptando las mismas muecas, fingiendo gran voracidad.

Con todo, el silencio y la penumbra me atormentaban. Abrí la ventana que daba al patio y agucé el oído. Al principio—posiblemente por la falta de movimiento—me pareció que todo estaba en calma. Tampoco oía disparos. Pero poco después percibí claramente un estrépito lejano de voces, gritos, el derrumbe de algo, unas risas. El sonido se iba ampliando de forma perceptible. Miré el cielo: estaba lívido y se desplazaba con rapidez. Y el cobertizo al otro lado, los adoquines del suelo y la caseta del perro tenían también un fulgor rojizo. Llamé en voz baja:

—¡Neptuno!

Pero nada se movió en la caseta; junto a ella distinguí en la claridad mortecina un trozo de cadena roto, brillante. Los clamores distantes y el estrépito crecían, de modo que cerré la ventana.

—¡Se acercan! —murmuré, y me puse a buscar dónde esconderme. Abrí la despensa, tanteé una rejilla, luego unos armarios, pero nada servía. Fui recorriendo los cuartos, excepto el despacho, que me rehusaba a mirar. Sabía que él seguía ahí, sentado en su sillón, ante su mesa repleta de libros, y me resultaba desagradable en ese momento.

Poco a poco comencé a percibir como si no estuviera solo: en la penumbra vagaba gente en silencio a mi alrededor, casi rozándome, y en cierta ocasión sentí en la nuca el escalofrío de un aliento ajeno.

—¿Quién anda ahí? —susurré, mas nadie replicó.

Y cuando me movía, ellos también lo hacían, mudos y aterradores. Comprendía que era solo una alucinación, fruto de mi dolencia y probable fiebre, pero no lograba dominar el pavor que me sacudía como si tuviera tifo. Me palpé la frente: ardía como si estuviera en llamas.

—Mejor iré allí —pensé—. Al fin y al cabo, él es de los míos.

Seguía en su sillón, con la mesa atestada de libros, y no se esfumó como en la última ocasión, sino que permaneció. La rojiza claridad entraba por las cortinas cerradas con un resplandor encarnado que apenas iluminaba nada; él apenas se divisaba. Me senté en un rincón del sofá y esperé. Reinaba el silencio en la habitación, mientras desde fuera llegaba el zumbido constante de vocerío, el estrépito de algo que caía y gritos inconexos, todo cada vez más próximo. La luz violácea se intensificó, y logré distinguirlo en su sillón: su perfil negro, férreo, dibujado por una banda roja estrecha.

—¡Hermano! —lo llamé.

Pero él seguía en silencio, inmóvil y oscuro, como un monumento. Algo crujió en la estancia contigua y, de pronto, se hizo un silencio tan sobrecolector, propio de un lugar donde yacen muchos muertos. Se apagaron los ruidos y esa claridad lívida adquirió un tinte de quietud mortecina, inerte y algo tenue. Pensé que el silencio emanaba de mi hermano, y se lo dije.

—No, no proviene de mí —contestó—. Asómate a la ventana.

Corrí la cortina y retrocedí tambaleándome.

—¡Así que eso es! —dije.

—Llama a mi mujer; ella no lo ha visto aún —me ordenó mi hermano.

Ella estaba en el comedor, cosiendo algo y, al ver mi expresión, se levantó con docilidad, ensartó la aguja en la labor y me siguió. Retiré las cortinas de todas las ventanas y la luz encarnada penetró en grandes cuadros ardientes, aunque no alcanzó a iluminar la habitación: seguía igual de oscura y apenas relucían los grandes rectángulos rojos de cada ventana.

Nos acercamos al cristal. Ante la casa se extendía un cielo plano, de un rojo candente, sin una sola nube, estrella ni sol, que se perdía en el horizonte; abajo se distinguía también un campo liso, de un tinto oscuro, cubierto de cadáveres. Todos yacían desnudos, con las piernas hacia nosotros, de modo que únicamente veíamos sus pies y la forma triangular de sus cabezas. Reinaba un silencio total; al parecer, no quedaban heridos en esa llanura infinita.

—Su número crece —observó mi hermano.

Mi hermana comentó:

—Es sólo la impresión.

—No, mira con atención.

Y en efecto, parecían ser más. Observamos con detenimiento: allá donde había un espacio vacío junto a un cuerpo, de pronto aparecía otro cadáver, como si la propia tierra los expulsara. Y esas zonas libres se colmaban rápido, y la superficie se aclaraba con los cuerpos de un rosado pálido, alineados con sus pies hacia nosotros. La habitación se volvió más luminosa, inundada por la pálida y muerta claridad de los cuerpos.

—No hay sitio suficiente —advirtió mi hermano.

Y mi madre dijo:

—Ya hay uno aquí.

Volvimos la vista y vimos, en el suelo, un cadáver desnudo y rosado, con la cabeza ladeada hacia atrás. Al instante apareció junto a él un segundo y un tercero. Y la tierra fue arrojándolos uno tras otro, hasta que sus hileras ordenadas llenaron todos los cuartos con sus cuerpos rosados.

—Están también en la habitación de los niños —dijo el ama—. Los he visto.

—Tenemos que irnos —propuso mi hermana.

—No podremos pasar —repuso mi hermano—. ¡Miren!

Y, en efecto, yacían pegados, brazo con brazo, y sus pies desnudos nos tocaban. Entonces se movieron, ondearon y se alzaron en la misma formación ordenada: la tierra seguía vomitando cadáveres nuevos y éstos levantaban a los primeros.

—Nos aplastarán —musité—. ¡Salgamos por la ventana!

—¡No podemos! —gritó mi hermano—. ¡Observa lo que hay ahí!

...Tras la ventana, bajo la luz lívida, se erguía la Risa Roja.

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO**  
**PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**